

Tomás Trigo

Meditaciones para el Camino

**Para que cada día de camino,
al despuntar el alba o al caer la tarde,
en la soledad de una iglesia
o en el silencio de la montaña,
mantengas una conversación íntima
con Dios**

Índice

1. “Yo soy el Camino”
2. La vocación de María
3. María se pone en camino para servir
4. Camino de Belén
5. Siguiendo la estrella
6. “Huye a Egipto”
7. El camino de la vida ordinaria
8. “Preparad el camino del Señor”
9. Los obstáculos del camino
10. María, el camino para ir a Jesús
11. El camino de la felicidad
12. “Te seguiré adonde quiera que vayas”
13. “Id: he aquí que yo os envío”
14. “Un samaritano que iba de camino”
15. El camino es estrecho
16. “Y levantándose se puso en camino”
17. Un joven que no quiso seguir a Cristo
18. El tiempo para caminar es breve
19. El Alimento para el camino
20. Camino del Calvario
21. Morir con Cristo
22. Resucitar con Cristo
23. Jesús caminaba con ellos
24. Nos guía el Espíritu Santo
25. “¡Podemos!” Meditación ante el Apóstol

1

“Yo soy el Camino”

Vivir es caminar. Pero... ¡hay tantos caminos!

Sí, hay muchos, pero es absolutamente necesario acertar con el que debemos seguir. Si tomamos una senda equivocada, no llegaremos a nuestro destino. Tal vez sea ancha y espaciosa, cuesta abajo, fácil de recorrer. Pero si no es la verdadera, nos llevará sin duda a donde nunca quisiéramos llegar.

Y lo que más importa es llegar a la meta, al Cielo, a la unión con Dios. Si no llegamos, nuestra vida será una vida perdida, un fracaso rotundo.

Vivir es caminar. Y tú vas de camino. Pero, ¿vas por el camino acertado?

Es ésta una cuestión que debes plantearte seriamente. Está en juego tu vida y tu eternidad. Ahora que te has puesto al habla con Dios, ahora que Dios te mira y tú le miras, ahora que estás a solas con Él, hazle esta pregunta: Señor, ¿Tú estás contento con mi vida? ¿Voy por el camino que Tú quieres?

Y con sinceridad de corazón, escucha su respuesta...

* * *

Estamos en la Última Cena del Señor con sus discípulos. Dentro de unas horas va a entregar su vida en la Cruz. Habla con ellos -y con nosotros-, y en su gesto se refleja el amor inmenso que nos tiene. Fíjate bien en sus palabras.

-No se turbe vuestro corazón. Creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre hay muchas moradas, si no, os lo hubiera dicho, porque voy a prepararos un lugar; y cuando haya marchado y os haya preparado un lugar, de nuevo vendré y os llevaré junto a mí para que, donde yo estoy, estéis también vosotros; a donde yo voy, sabéis el camino¹.

¹Jn 14, 1-4.

Éste es el gran deseo de Jesús: tenernos junto a Él en el Cielo, en la casa del Padre, donde seremos felices eternamente. Para eso ha venido a esta tierra y ha muerto y resucitado: para hacernos hijos de Dios y herederos de su Gloria. Esa es la meta de nuestro camino, el objetivo que Dios nos propone, la cima que hemos de alcanzar con su ayuda: la vida eterna.

Es bueno que pensemos en el Cielo, y que nos llenemos de ilusión, de alegría y de esperanza al saber que nos espera el cariño infinito, el amor inmenso de un Dios que nos quiere con locura, y que vendrá un día a buscarnos para que, donde Él está, estemos también nosotros para siempre.

* * *

Pero volvamos a esa conversación íntima de Jesús con nosotros.

Tomás le dijo:

-Señor, no sabemos adónde vas, ¿cómo podremos saber el camino?

Le respondió Jesús:

-Yo soy el Camino, la Verdad y la Vida; nadie va al Padre sino por mí. Si me habéis conocido a mí, conoceréis también a mi Padre; desde ahora le conoceréis y le habéis visto ¹.

Ahora es el Vicario de Cristo, Juan Pablo II, el que nos pregunta:

«-¿Has descubierto ya a Cristo, que es Camino?

Sí, Jesús es -para nosotros- un camino que conduce hacia el Padre, el único Camino. El que quiera lograr la salvación, deberá tomar ese camino. Vosotros, jóvenes, a menudo os encontráis en una encrucijada, sin saber cuál es el camino que debéis elegir, ni adónde ir; son muchos los caminos errados, como también las propuestas fáciles y las ambigüedades. No olvidéis, en esos momentos, que Cristo -con su Evangelio, su ejemplo y sus mandamientos- es siempre y sólo el camino más seguro que desemboca en una felicidad plena y duradera»².

¹Jn 14, 5-7.

²Juan Pablo II, *Mensaje para la IV Jornada Mundial de la Juventud, 1989* (27-XI-1988).

¿Has descubierto ya que tu Camino es Cristo?

* * *

Ya sabemos cuál es el Puente que une al hombre con Dios, el único Camino que lleva a la Vida: Cristo. Y si Cristo es el Camino, tenemos que seguir a Cristo, imitar a Cristo, amar a Cristo, identificarnos con Cristo: cada uno de nosotros tiene que ser otro Cristo.

Mira lo que dice un antiguo Padre de la Iglesia: «Cristo te ha dado el poder de ser como Él según tus fuerzas. No te asustes de oír esto. Lo que debe espantarte es no ser como Él»¹.

Sí, eso es lo que debe preocuparnos: que no nos parecemos a Cristo. Porque Dios nos ha puesto en esta tierra para que nos identifiquemos con su Hijo. Y llevamos viviendo unos cuantos años, hemos recorrido ya una parte del camino... Pero, ¿podemos decir que estamos luchando de verdad para ser otros Cristos? ¿No estaremos perdiendo un tiempo precioso?

* * *

Ahora es Felipe el que se dirige a Jesús y le dice:

-Señor, muéstranos al Padre y nos basta.

Jesús le contestó:

-Felipe, ¿tanto tiempo como llevo con vosotros y no me has conocido? El que me ha visto a mí ha visto al Padre; ¿cómo dices tú: Muéstranos al Padre? ¿No crees que yo estoy en el Padre y el Padre en mí? Las palabras que yo os digo, no las hablo por mí mismo. El Padre, que está en mí, realiza sus obras. Creedme: Yo estoy en el Padre y el Padre en mí, y si no, creed por las obras mismas².

También a nosotros nos dice Jesús: ¿tanto tiempo llevo ya contigo y no me conoces?

Es verdad, Jesús. Soy cristiano, discípulo tuyo, desde el Bautismo, y todavía no te conozco bien. Porque si debo ser otro

¹San Juan Crisóstomo, *In Matth. hom.* 78, 4.

²Jn 14, 8-11.

Cristo, no me basta con tener un conocimiento superficial de tu vida y de tus palabras. Tengo que conocerte mucho mejor, tengo que saber hasta los más pequeños detalles de tu existencia y de tu doctrina, de modo que en las diversas situaciones en las que me encuentre, vengan a mi memoria y me señalen el camino. Sólo así me iré identificando contigo.

Un propósito que trataré de cumplir a partir de ahora: leer y meditar el Evangelio todos los días.

* * *

Tal vez pienses que eres poca cosa, que eres débil, que tienes muchos defectos y muchos fallos; que tú nunca lograrás parecerte a Cristo. Para animarte, medita estas palabras de Santo Tomás, cargadas de sentido común:

«Si buscas por dónde ir, sigue a Cristo, porque es el camino (...). Y es mejor caer en el camino que correr fuera de él. Porque quien cae en el camino, por poco que avance, algo se acerca al término; quien en cambio anda fuera de él, cuanto más corra más se aleja del término»¹.

No te preocupes por tu mala pasta. Si cada vez que caes, le pides perdón al Señor con humildad y recomienzas de nuevo, tus caídas, en vez de hacerte retroceder, te harán avanzar.

* * *

Pero, decidirme en serio a imitar a Cristo, quiere decir “complicarme” la vida. Imitar a Cristo no puede compaginarse con una vida cómoda y aburguesada. Y además, si de verdad quiero ser coherente con la doctrina de Cristo en todo momento, me voy a encontrar con personas -tal vez mis amigos e incluso en mi familia- que me van a rechazar...

Sí, ser otro Cristo no es fácil, ni cómodo, ni se obtiene con ello el aplauso de todos. Pero, ¿a quién quieres agradar: a Dios o a ti mismo; a Dios o a la gente?

Si te decides a seguir a Cristo, serás verdaderamente feliz y gozarás de la alegría que da Dios y que nada ni nadie puede quitar.

¹Santo Tomás, *Coment. Evang. S. Juan*, 14.

Porque, como nos recuerda Juan Pablo II, «solamente Cristo puede llenar, hasta el fondo, el espacio del corazón humano. Sólo Él da el valor y la alegría de vivir, y esto a pesar de los límites u obstáculos externos»¹.

¹Juan Pablo II, *Mensaje para la IV Jornada Mundial de la Juventud, 1989* (27-XI-1988).

2

La vocación de María

Estamos en la región de Galilea, en una aldea llamada Nazaret. Aquí, en una casa como las demás, vive María, **una virgen desposada con un varón de nombre José, de la casa de David**¹.

Es un día como otro cualquiera. María está tal vez recogida en oración. De pronto se presenta ante sus ojos un enviado de Dios: el arcángel Gabriel.

Y habiendo entrado donde ella estaba, le dijo:

-Dios te salve, llena de gracia, el Señor es contigo.

Ella se turbó al oír estas palabras, y consideraba qué significaría esta salutación. Y el ángel le dijo:

-No temas, María, porque has hallado gracia delante de Dios: concebirás en tu seno y darás a luz un hijo, y le pondrás por nombre Jesús. Será grande y será llamado Hijo del Altísimo; el Señor Dios le dará el trono de David, su padre, reinará eternamente sobre la casa de Jacob, y su Reino no tendrá fin².

Dios da a conocer a María que Ella es la mujer en la que ha pensado desde toda la eternidad para ser la Madre de Cristo. Ésta es su vocación, la misión a la que está destinada. Éste es el camino que debe recorrer.

María dijo al ángel:

-¿De qué modo se hará esto, pues no conozco varón?

Respondió el ángel y le dijo:

-El Espíritu Santo descenderá sobre ti y el poder del Altísimo te cubrirá con su sombra; por eso, el que nacerá Santo, será llamado Hijo de Dios. Y ahí tienes a Isabel, tu pariente, que en su ancianidad ha concebido también un hijo, y la que era llamada estéril, hoy cuenta ya el sexto mes, porque para Dios no hay nada imposible.

Dijo entonces María:

¹Lc 1, 27.

²Lc 1, 28-33.

-He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra¹.

La respuesta de María es inmediata: **fiat, hágase**, me entrego totalmente al cumplimiento de la voluntad de Dios. Gracias al sí generoso de la Virgen, el Verbo se hace hombre, nuestro Salvador viene al mundo para hacernos hijos de Dios.

Madre mía, quiero agradecerte de todo corazón tu entrega sin condiciones a los planes de Dios. Porque gracias a tu sí, se abrieron para la humanidad las puertas de la vida eterna. Gracias a tu sí, yo soy hijo de Dios e hijo tuyo.

Pero... ¿te trato habitualmente como a mi Madre, con confianza e intimidad?

¿Tengo contigo todos los días los detalles de cariño que una madre espera de su hijo?

* * *

Dios, desde toda la eternidad, eligió a María para una misión maravillosa: para ser su Madre. Un día se lo hizo saber por medio de Gabriel. Y la Santísima Virgen respondió con una entrega absoluta: **Hágase en mí según tu palabra.**

¿Pero sabes que a ti y a mí también nos ha elegido Dios, antes de que viniésemos al mundo? Fíjate con qué claridad nos lo dice en la Sagrada Escritura: **Nos eligió antes de la creación del mundo para que fuéramos santos y sin mancha en su presencia, por el amor; nos predestinó a ser sus hijos adoptivos por Jesucristo².**

No nacimos por azar, ni hemos sido arrojados a la existencia por un ser impersonal y sin corazón. Somos fruto del amor infinito de Dios.

Desde antes de la creación del mundo, Dios pensó en ti y en mí, concreta, personalmente, y quiso que existiésemos. Nos eligió para que fuésemos sus hijos y viviésemos inmensamente felices con Él en el Cielo por toda la eternidad.

Lo que ahora quiere de nosotros es que seamos santos, es decir, que luchemos durante nuestra vida por imitar a su Hijo Jesucristo.

¹Lc 1, 34-38.

²Ef 1, 4-5.

¿Estás dispuesto a responder con todas tus fuerzas a esta elección divina?

¿Estás decidido a luchar por imitar en todo a Jesús?

* * *

Cristo vino al mundo para una gran misión: salvar a todos los hombres, devolvernos la amistad divina, reconciliar el mundo con Dios. Para eso nació en Belén, trabajó en Nazaret, nos enseñó el camino de la Vida, padeció, murió en la Cruz, resucitó y subió a los cielos. Nosotros, los cristianos, hemos sido llamados a colaborar con Cristo en esa gran misión que todavía no ha terminado. Nos lo dice el Señor a través de San Pablo: **nosotros somos colaboradores de Dios**¹.

¿Eres consciente de esta misión para la que Dios te ha puesto en el mundo?: Jesucristo nos pide que cooperemos con Él para hacer un mundo más humano, más justo, es decir: más cristiano; para que le ayudemos a salvar a los hombres; para que colaboremos con Él en sus ansias infinitas de hacernos felices y llevarnos a la vida eterna.

¿No te entusiasma esta misión que Cristo te encomienda?

¿No te parece que vale la pena entregar la vida entera para hacer realidad el plan de Dios?

* * *

Gracias a que María hizo la voluntad de Dios, vino Jesús al mundo y salvó a los hombres. De aquel **hágase** de María dependía algo muy grande: nuestra salvación eterna.

También de que nosotros luchemos por imitar a Cristo y cumplir la misión de colaborar con Él, dependen cosas muy importantes.

¿Te has parado a pensar en todo el bien que puedes hacer en este mundo si respondes generosamente a lo que Dios quiere de ti? Con tu ejemplo y tu palabra puedes hacer felices a miles de personas que, como tú, descubrirán cuál es el verdadero Camino de la felicidad y de la Vida.

¹1 Cor 3, 9.

Por el contrario, si no luchas con la gracia de Dios por ser otro Cristo, si te niegas a cumplir la misión para la que Dios te ha elegido con tanta ilusión, te convertirás en un pobre egoísta, y tu vida será una vida sin fruto, una vida perdida. Y no serás feliz ni en esta vida ni, tal vez, en la otra.

Dile al Señor, como María: **¡Hágase en mí según tu palabra!**

* * *

Saber que estamos en esta tierra para cumplir una misión divina, llena nuestra vida de sentido, de ilusión y de entusiasmo.

Todo lo que hacemos, cada paso que damos en el camino de la existencia, tiene sentido. Las contrariedades, los obstáculos, las dificultades, el cansancio y el dolor, no son algo absurdo: sirven para cumplir el encargo preciso que Dios nos ha encomendado; y nos acercan a la meta que nos espera: el abrazo de Amor infinito de nuestro Padre Dios.

Si “descubres” que estás en el mundo para realizar esta misión trascendente, y te decides a poner a su servicio todos tus talentos y energías, verás que tu vida se convierte en la aventura más emocionante que puedas imaginar, y que tu corazón se llena de una alegría sobrenatural que es imposible expresar con palabras.

* * *

«La llamada de Cristo -nos advierte Juan Pablo II- lleva por un camino que no es fácil de recorrer, porque puede llevar incluso a la Cruz. Pero no hay otro camino que lleve a la verdad y dé la vida. Sin embargo, no estamos solos en este camino. María con su FIAT abrió un camino nuevo a la humanidad. Ella, por su aceptación y entrega total a la misión de su Hijo, es prototipo de toda vocación cristiana. Ella caminará con nosotros, será nuestra compañera de viaje y con su ayuda podremos seguir la vocación que Jesucristo nos ofrece.

Queridos jóvenes, pongámonos en camino con María; comprometámonos a seguir a Jesucristo, Camino, Verdad y Vida. Así seremos ardientes mensajeros de la nueva evangelización y generosos constructores de la civilización del amor»¹.

¹Juan Pablo II, *Mensaje a los jóvenes desde el Monte del Gozo* (19.VIII.1989).

Estas palabras del Papa pueden llenarnos de optimismo si el egoísmo, la comodidad o la cobardía se empeñan en detener nuestros pasos.

* * *

Cristo es el Camino, pero hay un haz de sendas que llevan al mismo fin. Unos van por el camino del sacerdocio, a otros los llama Dios por el sendero de la vida religiosa, y a la gran mayoría los quiere el Señor caminando por la vida corriente, imitando a Cristo en su profesión u oficio, unos en el matrimonio, otros viviendo el celibato para darse a los demás de otra manera...

¿Por qué camino concreto quiere el Señor que vayas tú? ¿Cuál es la misión específica para la que Dios te llama? ¿Cuál es tu vocación?

Pídele a María luz para conocer lo que Dios espera de ti, y generosidad para responder, como Ella, con entrega total.

«Que Ella, peregrina de la fe y Virgen del Camino, nos ayude a todos a dar, con firmeza y sumisión el “sí”, el “sí” definitivo al *proyecto divino*»¹.

¹Id., *Discurso en el rito del peregrino*, IV Jornada Mundial de la Juventud (19.VIII.1989).

3

María se pone en camino para servir

Después de contarnos la anunciación del ángel, San Lucas nos dice que **María se levantó, y marchó deprisa a la montaña, a una ciudad de Judá; y entró en casa de Zacarías y saludó a Isabel**¹.

María hubiera tenido muchas razones para quedarse en su casa, y dedicarse a preparar con tiempo todas las cosas para el nacimiento de Jesús. Pero, al enterarse por el ángel de que su prima Isabel, ya mayor, está esperando un hijo, decide que lo primero que debe hacer es ir a ayudarlo. Y se pone en camino sin reparar en dificultades. Hacían falta cuatro días de viaje para llegar a la montaña de Judea. No importa. Lo que Dios quiere de Ella ahora es que ayude a Isabel hasta el nacimiento de Juan.

La Santísima Virgen nos enseña así una lección que debemos aprender y practicar si queremos ser otros Cristos: pensar primero en los demás y no en nosotros mismos, en nuestros gustos, en nuestra comodidad, en nuestros egoísmos; considerarnos siempre servidores de todos.

Madre mía, ayúdame a vivir así. Ayúdame a olvidarme de mí y a pensar en hacer felices a los que me rodean.

* * *

Todos llevamos dentro la inclinación al egoísmo, la tendencia a pensar -por encima de todo- en nosotros mismos; a pasarlo lo mejor posible, aunque otros sufran; a hacer lo que nos apetece, aunque disguste a los demás. Casi sin darnos cuenta, vivimos como si los otros tuviesen que estar siempre a nuestro servicio, ocupándose a toda hora de nosotros para satisfacer nuestros gustos y caprichos. Y si no lo hacen, nos sentimos ofendidos e injustamente tratados.

Pero el egoísta, el que no lucha contra esa tendencia, no es feliz: busca la felicidad por un camino equivocado. Y así, cuanto más

¹Lc 1, 39-40.

egoísta es, más amargado, triste y vacío se encuentra, aunque casi siempre no quiera reconocerlo.

El hijo de Dios que quiere ser otro Cristo, trata de olvidarse de sí mismo, y procura pensar siempre en los demás, para servir a todos y hacerles más agradable la vida en esta tierra. Está siempre dispuesto a sacrificarse, con alegría, para que los demás sean felices. No sólo está dispuesto, sino que busca las oportunidades de servir. Porque sabe que todo lo que hace por otra persona, lo hace por Cristo.

Y así resulta que el hijo de Dios, cuando se olvida de su propia felicidad para pensar en la de los otros, se encuentra con que es verdaderamente feliz.

Piensa si tus tristezas no se deberán a tus egoísmos. Y pídele a María que te ayude a decidirte de una vez a olvidarte de ti.

* * *

El Evangelio dice que **María se levantó, y marchó de prisa** a ayudar a Isabel. ¿Servimos también nosotros con esa prontitud? Porque hay un modo de servir que no es propio de un hijo de Dios: con lentitud, con mala cara, pensando que uno es siempre la víctima...

Si queremos imitar a Cristo, aprendamos de María: tenemos que servir con alegría, sin llevar la cuenta de los favores y sin decir nunca ¡basta!; tenemos que considerarnos servidores de todos, de los que nos caen bien y de los que nos caen menos bien: todos *tienen derecho* a que les sirvamos. Y nosotros tenemos que considerarnos unos *privilegiados* por tener la oportunidad de prestar un servicio a Cristo.

Y además, no busquemos el agradecimiento. ¿Por qué van a tener que agradecerme algo a mí, que debo ser el servidor de todos, el esclavo de todos? Dejemos que sea Dios el que nos recompense. Él sí que es buen pagador.

* * *

Y en cuanto oyó Isabel el saludo de María, el niño saltó de gozo en su seno, e Isabel quedó llena del Espíritu Santo; y exclamando en voz alta, dijo:

-Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre. ¿De dónde a mí tanto bien, que venga la madre de mi Señor a visitarme? Pues en cuanto llegó tu saludo a mis oídos, el niño saltó de gozo en mi seno; y bienaventurada tú que has creído, porque se cumplirán las cosas que se te han dicho de parte del Señor¹.

¡Cuántas veces le decimos estas palabras a María: **Bendita tú entre las mujeres y bendito es el fruto de tu vientre!** ¿Cómo no vamos a bendecir a María, que nos dio a Jesús?

Pero además hemos de tener con ella un trato filial, confiado, íntimo, porque es nuestra Madre. Como hijos pequeños, le confiaremos con sencillez todas nuestras preocupaciones y acudiremos a Ella para todo. Ella nos escucha siempre, está continuamente pendiente de ti y de mí, que somos sus hijos. Y espera que nosotros tengamos con Ella los detalles de cariño que un buen hijo tiene con su madre.

* * *

Después de las palabras inspiradas de Isabel, **María exclamó:**
-Glorifica mi alma al Señor,
y se alegra mi espíritu en Dios mi Salvador:
porque ha puesto los ojos en la humildad de su esclava;
por eso desde ahora me llamarán bienaventurada todas
las generaciones.
Porque ha hecho en mí cosas grandes el Todopoderoso,
cuyo nombre es Santo;
su misericordia se derrama de generación en
generación
sobre aquellos que le temen.
Manifestó el poder de su brazo,
dispersó a los soberbios de corazón.
Derribó a los poderosos de su trono
y ensalzó a los humildes.
Colmó de bienes a los hambrientos,
y a los ricos los despidió vacíos.
Acogió a Israel su siervo,

¹Lc 1, 41-45.

**recordando su misericordia,
según como había prometido a nuestros padres,
Abrahán y a su descendencia para siempre.**

María permaneció con ella unos tres meses, y se volvió a su casa¹.

¡Cuántas enseñanzas encierra este maravilloso canto de María! Te invito a considerar una de ellas. Podríamos decir que la Santísima Virgen nos acaba de descubrir el gran secreto para agradar a Dios: la humildad.

Si luchamos por ser humildes, por buscar siempre la gloria del Señor y no la nuestra, Él pondrá sus ojos en nuestra bajeza, nos mirará con cariño, tendrá misericordia de nosotros, perdonará nuestros pecados, y hará también en nosotros cosas muy grandes: hará que seamos otros Cristos.

La humildad es además el secreto para servir a los demás. ¿Cómo vamos a sentirnos servidores de todos si no luchamos seriamente contra nuestro orgullo?

* * *

«Si alguien quiere adquirir la humildad, creo que puedo decirle cuál es el primer paso. El primer paso es darse cuenta de que uno es orgulloso. Y este paso no es pequeño. Al menos, no se puede hacer nada antes de darlo. Si pensáis que no sois vanidosos, es que sois vanidosos de verdad»².

No es un paso pequeño ni fácil. Conocer y reconocer nuestra soberbia es de las cosas que más nos cuestan.

El orgullo es la causa de que no queramos aceptar nuestros errores, o los justifiquemos echando la culpa al ambiente, a las circunstancias, a los demás.

La soberbia es la causa de que queramos tener siempre la razón y que nuestra opinión sea tenida siempre muy en cuenta.

Por orgullo, rebajamos a los demás, los censuramos, y no vemos en ellos más que defectos.

¹Lc 1, 46-56.

²C.S. Lewis, *Mero cristianismo*, Rialp, Madrid 1995, p. 141.

Porque somos vanidosos, queremos ser siempre el centro de atención y presumimos de lo que sabemos, de lo que tenemos o de lo que hemos hecho.

Porque somos soberbios, nos enfadamos y nos sentimos heridos cuando nos corrigen o nos desprecian, o cuando no nos agradecen un favor, o no nos tratan como pensamos que merecemos.

Que la Virgen nos dé luz para ver nuestro orgullo, esa tendencia a convertirnos en dioses, y nos ayude a combatirlo, ya que es el mayor obstáculo para servir a Dios y a los demás.

* * *

Unas palabras que la más joven doctora de la Iglesia, Santa Teresa del Niño Jesús, dirigió a su hermana Celina, pueden ayudarnos a comprender mejor en qué consiste la verdadera humildad: «Sería necesario, sobre todo, ser humilde de corazón, y tú no lo eres mientras no quieras que todo el mundo te mande. Estás de buen humor mientras las cosas te salen bien; pero tan pronto como no son a tu gusto, tu rostro se ensombrece. No está en esto la virtud. La virtud está en “someterse humildemente bajo la mano de todos” (*Imitación*, III, 49, 7), en gozarte de todo aquello que suponga una reprensión para ti. Al principio de tus esfuerzos, la contrariedad aparecerá al exterior y las criaturas te juzgarán muy imperfecta; pero ahí está el mejor negocio, pues practicarás la humildad, que consiste, no en pensar o en decir que estás llena de defectos, sino en gozarte de que los otros lo piensen y aun lo digan»¹.

¹Santa Teresa del Niño Jesús, *Consejos y recuerdos recogidos por su hermana Celina*, II, 4.

4

Camino de Belén

Ya falta poco para que nuestro Salvador venga al mundo. María y José lo tienen todo preparado en aquella humilde casa de Nazaret. ¡Con qué cariño e ilusión haría José, el carpintero, una buena cuna para el Niño! Pero Dios tiene otros planes...

En aquellos días se promulgó un edicto de César Augusto, para que se empadronase todo el mundo. Este primer empadronamiento fue hecho cuando Quirino era gobernador de Siria. Todos iban a inscribirse, cada uno a su ciudad¹.

Para estos casos, los judíos tenían una costumbre según la cual cada cabeza de familia iba a censarse al pueblo de origen. **José, como era de la casa y familia de David, subió desde Nazaret, ciudad de Galilea, a la ciudad de David llamada Belén, en Judea, para empadronarse con María, su esposa, que estaba encinta².**

Los planes se tuercen. Hay que dejar en Nazaret casi todo y emprender un largo camino. Pero, ¿te imaginas a José y a María de mal humor, quejándose por esta contrariedad o poniendo cara de resignación ante las molestias? No. José y María sabían ver “detrás” de cada suceso, agradable o desagradable, la voluntad cariñosa de Dios. Por eso se enfrentan a las dificultades del camino con ánimo decidido, con optimismo, con alegría.

¿Y nosotros? ¿Cómo reaccionamos ante los disgustos, las dificultades y las contrariedades, pequeñas o grandes, que encontramos en el camino? En estas situaciones, ¿sabemos “ver”, con los ojos de la fe, algo enviado por quien más nos ama?

* * *

Para un hijo de Dios no existe la casualidad ni la mala suerte. Para un hijo de Dios, todo lo que ocurre es querido o, al menos, permitido por su Padre para su bien, aunque a veces no alcancemos

¹Lc 2, 1-3.

²Lc 2, 4-5.

a comprenderlo. Por eso, el hijo de Dios no se rebela contra su Padre, ni se queja de su “mala suerte”, ni se siente desgraciado. Al contrario, cuando se encuentra con la contrariedad, con el dolor físico o moral, piensa: Si Dios, que me quiere tanto, permite que me suceda esto, tiene que ser para mi bien.

Si no vemos así las cosas es que nos falta fe, esa luz que, como afirma un autor espiritual, «ilumina sobrenaturalmente la razón, prestándole las fuerzas necesarias para identificarse con los juicios y criterios de Dios y poder verlo todo, si se admite esta expresión, con los mismos ojos de Dios»¹.

Señor, ayúdame a ver las cosas como las ves Tú.

* * *

María va sentada sobre el borriquillo. José, joven, alegre y animoso, con el ronzal en una mano y el cayado en la otra, se vuelve de vez en cuando para preguntarle a su esposa si va bien, si se encuentra cansada, si prefiere detenerse un rato...

Después de mucho caminar llegan a Belén. Por mucho que buscan, no encuentran un lugar adecuado: **no hubo lugar para ellos en la posada**². ¡Qué pena da leer estas palabras en el Evangelio!... Tú, que sabes de largas y duras caminatas, puedes imaginarte muy bien qué sentirían María y José cuando les cerraban las puertas. Pero es que además iban buscando un lugar en el que pudiese nacer el Hijo de Dios...

Y en nuestro corazón, ¿hay sitio para Jesús? ¿No estará demasiado lleno de nosotros mismos: mis cosas, mis planes, mis ideas, mi comodidad, mis gustos...?

¿Cómo vamos a limpiarlo para que Jesús se encuentre a gusto en nuestra alma?

Tenemos que decidirnos a echar fuera nuestro egoísmo y nuestro orgullo, y abrirle a Jesús, sin miedo, las puertas de nuestro corazón.

«¡No tengáis miedo a Cristo! ¡Os lo repito hoy a vosotros y a todos los jóvenes! ¡Él no provoca la alienación de vuestra identidad; no envilece, no degrada ni rebaja vuestra razón; no oprime vuestra libertad! ¡Él es el Hijo de Dios, encarnado, muerto, resucitado por

¹B. Baur, *En la intimidad con Dios*, Herder, Barcelona 1975, p. 23.

²Lc 2, 7.

nosotros y por nuestra salvación, esto es, por nuestra liberación auténtica y total! Él, Dios, ha querido hacerse realmente *uno de nosotros*, nuestro *Salvador*, nuestro *Redentor*, nuestro *Amigo*, nuestro *Hermano*»¹.

No tengas miedo a Cristo, no tengas miedo a que Cristo te “complique” la vida: ¡Él quiere tomar posesión de tu alma para hacerte feliz!

* * *

¿Quieres de verdad que Jesús esté a gusto en tu corazón?: lucha por ser humilde. Y para que tu lucha sea concreta, incisiva y eficaz, te recomiendo que trates de responder a las siguientes preguntas como si te las dirigiera el mismo Cristo:

¿Te excusas cuando te corrigen, o reconoces con sencillez tus errores?

¿Sirves a los demás sin buscar que te lo agradezcan?

¿Sabes escuchar las razones de los demás, o crees tener siempre la razón?

¿Dices la verdad cuando debes, aunque quedes mal?

¿Reconoces que todo lo que eres y tienes se lo debes a Dios?

¿Eres totalmente sincero en el sacramento de la Penitencia?

¿Buscas ser el centro de atención?

* * *

Volvemos al relato. No queda más remedio que elegir una cueva, un establo de animales a las afueras del pueblo. José limpia y prepara aquel lugar lo mejor que puede, enciende una pequeña hoguera porque es de noche y hace frío. María sonríe y acepta con alegría la voluntad de Dios. Jesús podría nacer en un palacio, pero quiere nacer en un establo.

Y sucedió que, estando allí, le llegó la hora del parto, y dio a luz a su hijo primogénito; lo envolvió en pañales y lo recostó

¹Juan Pablo II, Monza, Italia (21-V-1983).

en un pesebre¹. María y José lo adoran, lo besan, lo abrazan, lo envuelven en su cariño...

Nosotros, con el deseo, podemos acercarnos y coger al Niño en nuestros brazos, y besarlo, y apretarlo contra nuestro corazón, y decirle mil veces: ¡Te quiero, Jesús! Gracias por haberte hecho Niño. Quiero quererte cada día más y no dejarte nunca.

Sigue diciéndole a Jesús palabras de amor, por ti y por tantos hombres que lo desprecian.

* * *

Jesús nos da una gran lección: Él es Rey de reyes y Señor de señores, y no elige un palacio para nacer sino un establo. Así entenderemos que la dignidad de las personas no depende de lo que tengan o dejen de tener, sino de que son creadas por Dios, con inmenso amor, a su imagen y semejanza, y rescatadas del pecado por Cristo, que pagó como precio su propia vida.

No desprecies nunca a otro, por ningún motivo. No desprecies nunca a nadie, porque Dios nos ama a cada uno con un amor eterno, y Cristo nació en un establo y murió en la Cruz por cada hombre, por cada mujer. Hasta la persona que parece más despreciable vale toda la Sangre de Cristo.

Habla con Jesús de cómo tratas a los demás...

* * *

Con su nacimiento en un mísero establo, Jesús nos enseña también que si queremos imitarle, si queremos ser otros Cristos, hemos de vivir pobres, desprendidos de todo lo que tenemos.

Un día nos lo dirá con estas palabras tan claras: **Cualquiera de vosotros que no renuncia a todos sus bienes, no puede ser mi discípulo**².

Los caminantes sabemos muy bien que para hacer un largo recorrido es muy importante ir ligeros de equipaje. No podemos

¹Lc 2, 6-7.

²Lc 14, 33

caminar en pos de Cristo con el corazón apegado a los bienes de la tierra.

Sólo podremos seguir los pasos de Jesús si le entregamos nuestro corazón: **Nadie puede servir a dos señores, porque o tendrá aversión al uno y amor al otro, o prestará su adhesión al primero y menospreciará al segundo: no podéis servir a Dios y a las riquezas¹.**

Mientras contemplamos a Jesús en el pesebre, podemos plantearnos estas preguntas:

¿Prescindimos de hacer compras superfluas y caprichosas?

¿Nos quejamos o nos sentimos humillados porque no tenemos cosas que tienen los demás?

¿Empleamos responsablemente el dinero y los bienes materiales de los que disponemos?

¿Somos conscientes de que todo lo que tenemos no es nuestro sino que nos lo ha dado Dios para que le sirvamos a Él y a los demás?

Si Dios nos llamara hoy a su presencia, ¿qué cosas sentiríamos tener que dejar?

¹Mt 6, 24

5

Siguiendo la estrella

Nacido Jesús en Belén de Judá en tiempos del rey Herodes, unos Magos llegaron de Oriente a Jerusalén preguntando:

-¿Dónde está el Rey de los Judíos que ha nacido? Pues vimos su estrella en el Oriente y hemos venido a adorarlo¹.

Eran hombres sabios, de algún país de Oriente que la Escritura no determina. El Señor les hace ver la estrella que anuncia su nacimiento. Y dejando a un lado la comodidad de su casa, se ponen en camino para buscar a Jesús.

A nosotros el Señor nos ha hecho ver, en el cielo de nuestra vida, una estrella maravillosa: Cristo. Y nos ha llamado para que lo busquemos, para que nos enamoremos de Él, para que nos identifiquemos con Él. Y espera que tomemos una decisión como la de aquellos hombres sabios: pronta, generosa, audaz. Hay que rechazar el egoísmo, la comodidad, la ambición de una vida placentera.

¿Estás decidido de verdad a ponerte en camino para encontrar a Cristo, para ser otro Cristo?

* * *

Los Magos, además de ser sabios, generosos y audaces, tenían un gran sentido común. Cuando dejan de ver la estrella, no se desaniman ni dan media vuelta: preguntan con sencillez a quien debe saber.

En este camino que hemos emprendido siguiendo a Cristo, sucederá algunas veces que dejamos de ver la estrella: el horizonte se oscurece, no lo vemos claro, y nos preguntamos si valdrá la pena seguir adelante por un camino lleno de dificultades, mientras otros muchos van por sendas tan cómodas. Se nos presenta la tentación de volver atrás.

¹Mt 2, 1-2.

Es el momento de acudir a quien nos puede ayudar: a Jesús. En la oración, le mostraremos sinceramente cómo está nuestra alma, le hablaremos confiadamente de nuestras dudas y dificultades. Él nos escucha, nos comprende, y nos devolverá la luz cuando convenga. Mientras tanto, nos dará la fe, el amor y la fortaleza que necesitamos para perseverar en la lucha.

Y tal vez nos haga sentir en el fondo del alma aquellos gritos de los antiguos peregrinos compostelanos: ¡E-ultr-eia! ¡E-sus-eia! ¡Adelante! ¡Arriba!

* * *

Y es también el momento de la dirección espiritual personal: «En el camino de la vida espiritual no os fiéis de vosotros mismos, sino que, con sencillez y docilidad, pedid consejo y aceptad la ayuda de quien, con sabia moderación, puede guiar vuestra alma, indicaros los peligros, sugeriros los remedios oportunos, y en todas las dificultades internas y externas os puede dirigir rectamente y encaminaros a ser cada día más perfectos (...). Sin esta prudente guía de la conciencia, de modo ordinario, es muy difícil secundar convenientemente los impulsos del Espíritu Santo y de la gracia divina»¹.

¿Has encontrado ya un sacerdote, un amigo con experiencia y empeñado en seguir a Cristo, al que puedas exponer tus problemas para que te ayude a descubrir la voluntad de Dios?

* * *

Al oír esto, el rey Herodes se turbó, y con él toda Jerusalén².

Herodes se turbó... ¡Cómo!, ¿ha nacido un nuevo rey? ¿Va a quitarme mi corona?

Todos llevamos en el fondo de nuestro corazón un pequeño “herodes”: nuestro yo, que pretende reinar despóticamente, hacer lo que le da la gana, porque piensa que así será feliz. Y cuando se

¹Pío XII, *Menti nostrae*, 23-IX-1950.

²Mt 2, 3.

entera de que es Cristo quien debe reinar, se turba, tiene miedo a perder su corona.

No tengas miedo. Cristo quiere reinar en ti para hacerte feliz de verdad. Cuando le dejamos reinar en nuestra vida, cuando nos decidimos a luchar por hacer su voluntad en todo, Jesús llena nuestro corazón con una paz y una alegría que nunca habíamos imaginado, y que nada nos puede arrebatarse.

* * *

Y, reuniendo a todos los príncipes de los sacerdotes y a los escribas del pueblo, les interrogaba dónde había de nacer el Mesías.

-En Belén de Judá, le dijeron, pues así está escrito por medio del Profeta: Y tú, Belén, tierra de Judá, no eres ciertamente la menor entre las principales ciudades de Judá; pues de ti saldrá un jefe que apacentará a mi pueblo, Israel.

Entonces Herodes, llamando en secreto a los Magos, se informó cuidadosamente por ellos del tiempo en que había aparecido la estrella; y les envió a Belén, diciéndoles:

-Id e informaros bien acerca del niño; y cuando lo encontréis, avisadme para ir yo también a adorarlo.

Ellos, después de oír al rey, se pusieron en marcha. Y he aquí que la estrella que habían visto en Oriente iba delante de ellos, hasta pararse sobre el sitio donde estaba el niño. Al ver la estrella se llenaron de inmensa alegría¹.

La estrella que habían dejado de ver, reaparece, y se llenan de gran alegría. En nuestro camino hacia el Cielo -no lo dudes- habrá dificultades: cansancio, críticas injustas, tentaciones de dejarlo todo para seguir en nuestro egoísmo...

Pero si vamos adelante con absoluta confianza en nuestro Padre Dios, que no nos abandona nunca, superaremos todos los obstáculos, y serán cada vez más grandes, más incontenibles, nuestra alegría y nuestra paz.

* * *

¹Mt 2, 4-10.

Y entrando en la casa, vieron al niño con María, su madre, y postrándose le adoraron.

Luego, abrieron sus cofres y le ofrecieron presentes: oro, incienso y mirra. Y, habiendo recibido en sueños aviso de no volver a Herodes, regresaron a su país por otro camino¹.

¿Qué podemos ofrecer nosotros a Jesús? No es que Él tenga necesidad de nuestras ofrendas, «pero el Señor sabe que dar es propio de enamorados, y Él mismo nos señala lo que desea de nosotros. No le importan las riquezas, ni los frutos ni los animales de la tierra, del mar o del aire, porque todo eso es suyo; quiere algo íntimo, que hemos de entregarle con libertad: “*dame, hijo mío, tu corazón*” (Prv XXIII, 26). ¿Veis? No se satisface compartiendo: lo quiere todo. No anda buscando cosas nuestras, repito: nos quiere a nosotros mismos. De ahí, y sólo de ahí, arrancan todos los otros presentes que podemos ofrecer al Señor»².

¿Le has entregado al Señor tu corazón?

¿Hay algo que te impide hacer la voluntad de Dios y no estás dispuesto a dejar?

Ahora, en este rato de conversación con Él, es el momento para que nos decidamos a romper esas ataduras -el egoísmo, la pereza, el orgullo, la impureza- que no nos dejan caminar.

* * *

Toda nuestra jornada debe ser una ofrenda al Señor: el trabajo, el descanso, la vida familiar y social, las alegrías y las penas. Todas las cosas buenas que hacemos se convierten en ofrenda agradable a sus ojos si las hacemos por amor a Él, por agradecerle.

Pero si examinamos nuestra conducta tal vez descubramos que, en lugar de hacer las cosas por amor a Dios, las hacemos por amor propio, por quedar bien delante de otros, por complacernos a nosotros mismos...

¹Mt 2, 11-12.

²San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 35.

Tenemos que vivir cara a la eternidad: cuando lleguemos a la presencia de Dios, sólo contarán las obras buenas hechas por amor. Las demás serán despreciadas como moneda falsa.

6

“Huye a Egipto”

Después que se marcharon, un ángel del Señor se apareció en sueños a José y le dijo:

-Levántate, toma al niño y a su madre, huye a Egipto y estate allí hasta que yo te diga, porque Herodes va a buscar al niño para matarlo.

Él se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y huyó a Egipto. Allí permaneció hasta la muerte de Herodes, para que se cumpliera lo que dijo el Señor por medio del Profeta: De Egipto llamé a mi hijo¹.

Fíjate cómo obedece San José. Lo que Dios le ordena es difícil de comprender y de hacer, pero José tiene fe: «Al oír esto, José no se escandalizó ni dijo: esto parece un enigma. Tú mismo me decías no ha mucho que Él salvaría a su pueblo, y ahora no es capaz ni de salvarse a sí mismo, sino que tenemos necesidad de huir, de emprender un viaje, un largo desplazamiento... Pero nada de esto dice, porque José es un varón fiel. Tampoco pregunta por el tiempo de la vuelta, a pesar de que el ángel lo había dejado indeterminado, pues le había dicho: Y estate allí hasta que yo te diga. Sin embargo, no por eso quedó paralizado, sino que obedece y cree y soporta todas las pruebas con alegría»².

Dios te da a conocer su voluntad a través del Evangelio: ¿Lo meditas? ¿Tratas de vivirlo?

Dios te da a conocer su voluntad a través de la Iglesia que ha fundado: ¿Pones los medios para conocer y vivir cada vez mejor sus enseñanzas?

Dios te da a conocer su voluntad también en la intimidad de la oración: ¿Procuras escuchar sinceramente su voz?

Como a San José, también a nosotros el Señor nos pide a veces cosas que pueden parecer difíciles o incomprensibles para nuestro pequeño entendimiento. Es el momento de imitar al Santo Patriarca, y obedecer sin quejas: ¡Dios sabe más!

¹Mt 2, 13-15.

²San Juan Crisóstomo, *Homilía sobre S. Mateo*, 8.

* * *

Un largo camino hasta Egipto. Y al llegar, hay que buscar, en un país extraño, casa y trabajo para sacar adelante a Jesús y a María. Dios confía su familia a José. Y José responde poniendo al servicio de Dios toda su inteligencia, su habilidad, su juventud, su vida.

Muchos están dispuestos a darle a Dios algo, un poco de su tiempo, tal vez. Creen que con eso ya han hecho bastante, y se sienten justificados para poder dedicar el resto de sus energías a sus egoísmos, a sus ambiciones personales. Y después hablan de construir un mundo de verdad y justicia, de amor y de paz...

El Señor necesita hombres y mujeres, como José y María, que pongan a su disposición, sin condiciones de ningún tipo, su vida entera, que luchen en todo momento por ser otros Cristos, para que se haga realidad en la tierra el Reino de Dios.

* * *

José obedece: **se levantó, tomó de noche al niño y a su madre, y huyó a Egipto.**

María, la llena de gracia, obedece: **He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra**¹.

Y, lo que es más sorprendente, Jesús, que es Dios, obedece durante años a dos criaturas: **les estaba sujeto**², nos dice el evangelio de San Lucas.

¿Cómo va a ser la obediencia algo indigno de la persona humana cuando el mismo Cristo, perfecto Dios y perfecto hombre, obedece?

La obediencia a Dios y a los mandatos justos de los que han recibido de Él la autoridad, es el camino de la verdadera libertad.

* * *

¹Lc 1, 38.

²Lc 2, 51.

Entonces Herodes, al ver que los Magos le habían engañado, se irritó en extremo, y mandó matar a todos los niños que había en Belén y toda su comarca, de dos años para abajo, con arreglo al tiempo que cuidadosamente había averiguado de los Magos¹.

Herodes piensa que aquel Niño le va a arrebatar el poder, y trata de matarlo. Para conseguirlo no le importa sacrificar la vida de muchos inocentes. Dios le estorba para hacer lo que le da la gana.

Algunas personas están tan aferradas a sus placeres, a sus planes, a su riqueza, a su poder, a su egoísmo, que deciden arrojar a Dios de sus vidas, porque les estorba. Y después de despreciar a Dios, no hay que extrañarse de que desprecien la vida de los demás hombres, y lleguen incluso a matarlos -aborto, eutanasia...- cuando son un engorro para su comodidad o sus ambiciones.

“O Dios o mi felicidad”: este dilema es falso. Con Dios, luchando por hacer su voluntad, seremos verdaderamente felices. Sin Dios, poniendo en su lugar nuestro yo, sólo conseguimos placeres pasajeros que traen consigo la tristeza, el vacío, la amargura, el hastío y casi siempre también la infelicidad de los que nos rodean.

* * *

Muerto Herodes, un ángel del Señor se apareció en sueños a José en Egipto, y le dijo:

-Levántate, toma al niño y a su madre y vete a la tierra de Israel; pues han muerto ya los que atentaban contra la vida del niño.

Levantándose, tomó al niño y a su madre y vino a la tierra de Israel. Pero al oír que Arquelao había sucedido a su padre Herodes en el trono de Judea, temió ir allá; y avisado en sueños marchó a la región de Galilea. Y se fue a vivir a una ciudad llamada Nazaret, para que se cumpliera lo dicho por medio de los Profetas: Será llamado nazareno².

José obedece inteligentemente. Para cumplir la voluntad de Dios tiene que poner en juego todo su saber y su trabajo. Dios no le

¹Mt 2, 16.

²Mt 2, 19-23.

da las cosas hechas. Y después, al regresar de Egipto, al enterarse de que Arquelao gobierna Judea, piensa que es mejor irse a otra región, y Dios le confirma lo que había pensado.

El Señor quiere que pongamos todo nuestro talento a su servicio. No podemos obedecer como marionetas, sino como hijos inteligentes y sagaces que se las ingenian para sacar adelante los planes de su Padre.

Y el plan de nuestro Padre Dios es **que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad**¹. ¿Estás poniendo al servicio de ese plan divino toda tu inteligencia, toda tu voluntad, todos los talentos que Él te ha dado?

* * *

Seguro que San José se consideraba el hombre más feliz del mundo por estar tan cerca de Jesús y de María. Pero en su vida no faltaron trabajos, sacrificios y dificultades que afrontó siempre con alegría y serenidad, con la alegría y la serenidad del que está firmemente convencido de que Dios lo dispone todo para el bien de los que ama.

¿Está arraigada en nuestra alma esta convicción? ¿Cómo reaccionamos ante las dificultades que vienen sin esperarlas? ¿Cuál es nuestra actitud ante las contrariedades, disgustos y sufrimientos que el Señor permite para nuestro bien?

Ojalá podamos decir, con una fe firme, estas palabras que escribió Santo Tomás Moro a su hija Margarita, antes de sufrir el martirio: «Nada puede pasarme que Dios no quiera. Y todo lo que Él quiere, por muy malo que nos parezca, es en realidad lo mejor».

* * *

San José: ¡qué buen compañero de camino! Si lo queremos y tratamos, aprenderemos de él a superar con alegría y optimismo, con madurez y firmeza, todas las dificultades que encontremos. Nos enseñará a hacer siempre la voluntad de Dios, a trabajar por amor a Dios, a vivir con delicadeza la virtud de la castidad, a tratar a Jesús y a María... ¿Quién los trató más y mejor que él?

¹1 Tim 2, 4.

El camino de la vida ordinaria

Nada nos cuentan los Evangelios sobre la vida de Jesús desde sus doce años hasta que a los treinta comenzó su vida pública.

Pero ese silencio es muy elocuente. Quiere decir que no hizo nada espectacular, sino que vivió como uno más entre los hombres de su pueblo.

Más adelante, cuando vuelva a Nazaret, las gentes se preguntarán: **¿No es éste el artesano, el hijo de María?**¹; **¿No es éste el hijo del artesano?**². Si hubiera sido un personaje raro, lo conocerían por sus rarezas, y no por ser el hijo de José -el artesano- y de María.

Jesús vivió en Nazaret la vida normal de un hijo de familia que ayuda a su padre en el trabajo, un trabajo manual como el de tantos hombres, pero -eso sí- realizado con perfección y por amor a Dios. Y Jesús estaba dando tanta gloria a Dios cuando trabajaba en el taller de José como cuando predicaba a las muchedumbres.

De esta manera nos enseña una verdad maravillosa: sin necesidad de hacer cosas raras, realizando nuestro trabajo de cada día, viviendo nuestras obligaciones corrientes, podemos ser santos de primera categoría. El secreto está en el amor, en tratar de hacerlo todo por amor a Dios y a los demás.

* * *

Si nos paramos a considerar que Jesucristo, la segunda Persona de la Santísima Trinidad, el Verbo hecho hombre, trabaja con sus manos en el taller de José, nos quedará muy claro que no podemos ser buenos cristianos, que no podemos ser otros Cristos, si no trabajamos, y si no nos esforzamos en hacer nuestro trabajo lo mejor posible y por amor a Dios.

Un estudiante cristiano no puede ser buen cristiano si no lucha por ser buen estudiante. Un médico, un carpintero, un comerciante o

¹Mc 6, 3.

²Mt 13, 55.

un abogado, no pueden ser buenos cristianos si no tratan de ser buenos profesionales.

Cuando los demás nos ven trabajar, ¿pueden descubrir en nosotros a Cristo que trabaja?

* * *

«La oración no consiste sólo en las palabras con que invocamos la clemencia divina, sino también en todo lo que hacemos en obsequio de nuestro Creador movidos por la fe»¹.

Por tanto, cuando tratamos de realizar una labor bien hecha, sin chapuzas, y por amor al Señor, nuestro trabajo se convierte en oración, en ofrenda grata a Dios, nos estamos santificando, estamos “ayudando” a Cristo a hacer un mundo más justo, y estamos ayudando a todos los hombres de la tierra a acercarse a Dios.

¿Eres consciente del gran valor que puede tener tu trabajo ordinario para tu salvación y para la salvación del mundo?

* * *

Ser santos en el trabajo. Unas palabras San Josemaría pueden ayudarnos a descubrir cómo se pueden vivir las virtudes en el trabajo de cada día: «En esa tarea profesional vuestra, hecha cara a Dios, se pondrán en juego la fe, la esperanza y la caridad. Sus incidencias, las relaciones y problemas que trae consigo vuestra labor, alimentarán vuestra oración. El esfuerzo para sacar adelante la propia ocupación ordinaria, será ocasión de vivir esa Cruz que es esencial para el cristiano. La experiencia de vuestra

debilidad, los fracasos que existen siempre en todo esfuerzo humano, os darán más realismo, más humildad, más comprensión con los demás. Los éxitos y las alegrías os invitarán a dar gracias, y a pensar que no vivís para vosotros mismos, sino para el servicio de los demás y de Dios»².

¿Realizamos nuestro trabajo cara a Dios, por amor a Él, o nos movemos por el afán de quedar bien delante de los demás?

¹San Beda, *Coment. Evang. S. Marcos*.

²San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 49.

¿Hablamos con el Señor de los problemas que tenemos en nuestro trabajo?

¿Llevamos con alegría el esfuerzo y el cansancio?

¿Reconocemos con humildad nuestros fracasos y damos gracias a Dios por los éxitos y alegrías?

* * *

Es un error pensar que lo que hace nuestras acciones agradables a Dios es la dificultad que entrañan. Según este modo de pensar, para ser santos habría que seguir la ley del circo: “¡Más difícil todavía!”.

Lo que convierte en agradables al Señor nuestras acciones, lo que hace que nuestros pequeños deberes de cada día tengan valor a sus ojos, es el amor con que los realizamos.

«Me gusta hablar de camino, porque somos viadores, nos dirigimos a la casa del Cielo, a nuestra Patria. Pero mirad que un camino, aunque puede presentar trechos de especiales dificultades, aunque nos haga vadear alguna vez un río o cruzar un pequeño bosque casi impenetrable, habitualmente es algo corriente, sin sorpresas. El peligro es la rutina: imaginar que en esto, en lo de cada instante, no está Dios, porque ¡es tan sencillo, tan ordinario!»¹.

Pídele al Señor que te ayude a descubrir el enorme valor de lo sencillo, de lo ordinario, hecho por amor a Él.

* * *

La criatura más santa que ha existido es la Virgen María. ¿Y cómo vivió? ¿Haciendo cosas extraordinarias? ¡No! «María santifica lo más menudo, lo que muchos consideran erróneamente como intrascendente y sin valor: el trabajo de cada día, los detalles de atención hacia las personas queridas, las conversaciones y las visitas con motivo de parentesco o de amistad. ¡Bendita normalidad, que puede estar llena de tanto amor de Dios!»².

¹Id., *Amigos de Dios*, n. 313.

²Id., *Es Cristo que pasa*, n. 148.

Lo mismo podríamos decir de San José.

Y a pesar del ejemplo de la Sagrada Familia, sigue habiendo cristianos que piensan que para ser santos hay que ser personas especiales, vivir en circunstancias extraordinarias o realizar hazañas heroicas, mientras desprecian las mil oportunidades diarias de demostrarle al cariño al Señor y a los demás.

* * *

Necesitamos descansar para volver después al trabajo con ánimo renovado. Cristo también descansaba. Pero el descanso no consiste en estar ocioso, y menos aún en hacer cosas que disgustan a Cristo.

¿No crees que sería una gran incoherencia dejar de comportarnos como hijos de Dios cuando estamos de vacaciones, vemos la televisión, hacemos deporte o nos divertimos? Descansar no puede convertirse en caminar en sentido contrario.

Si quieres ser coherente tal vez tengas que ejercitar tu fuerte personalidad de cristiano para decir que no a determinados planes. Y tal vez tengas que aprender a divertirte de verdad, de modo que el fruto de tus diversiones sea la alegría y no lo sean el tedio, el vacío y la tristeza.

8

“Preparad el camino del Señor”

Juan, el hijo de Zacarías e Isabel, es el Precursor, el encargado por Dios de preparar a las gentes para que reciban a Jesús.

Nos cuenta San Lucas en su Evangelio que Juan **recorrió toda la región del Jordán predicando un bautismo de penitencia para remisión de los pecados, tal como está escrito en el libro de los oráculos del profeta Isaías:**

Voz del que clama en el desierto:

preparad el camino del Señor,

haced rectas sus sendas.

Todo valle será rellenado,

y todo monte y colina allanados;

los caminos torcidos se harán rectos,

y los caminos ásperos serán suavizados.

Y todo hombre verá la salvación de Dios ¹.

Juan dice a las muchedumbres que para recibir al Señor es necesario arrepentirse, convertirse, hacer penitencia, dolerse de los pecados porque son ofensa a Dios, y volver a la amistad divina.

Ahora somos nosotros los que, al oír estas palabras del Precursor, vamos a pedir perdón a Jesús por nuestros pecados.

Examinemos nuestra vida con objetividad:

¿No es verdad que muchas veces, ante lo que Dios nos pedía, que era lo mejor para nosotros, hemos preferido nuestro egoísmo, nuestra soberbia o nuestra comodidad?

¿Y sabes cuál ha sido el “precio” que ha tenido que pagar Cristo para salvarnos de la muerte eterna que hemos merecido con nuestros pecados?: la Cruz.

¹Lc 3, 3-6.

* * *

Todo hombre verá la salvación de Dios. Cristo viene a salvarnos, viene a convertirnos en hijos de Dios, viene a enseñarnos el camino del Cielo.

¿Por qué tantos hombres no reciben la salvación que Dios nos ofrece? Porque están mal preparados, mal dispuestos. No entienden porque no quieren entender, no creen porque no quieren creer, no ven porque no quieren ver. Entre Dios y ellos está el obstáculo de su yo: egoísmo, soberbia, comodidad, ambiciones..., y no quieren cambiar.

Por eso san Juan advierte: **Preparad el camino del Señor...**

Y nosotros ¿estamos preparados para recibir la salvación de Dios? ¿Estamos dispuestos a luchar por hacer en todo su voluntad, o seguimos resistiéndonos a humillar nuestro yo?

* * *

Las palabras de Isaías nos pueden ayudar a preparar el camino para que Cristo pueda venir a nosotros:

Todo valle será rellenado... Los valles que hay que rellenar nos hacen pensar en nuestras omisiones, en tantas cosas buenas que podríamos hacer por Dios y por los demás, y no las hacemos por pereza, por comodidad o por cobardía...

Todo monte y colina allanados... El monte más elevado que podemos poner entre Dios y nosotros es el de la soberbia y el orgullo.

Los caminos torcidos se harán rectos... Es un camino torcido el de aquel que dice que quiere amar a Dios, pero en realidad se busca a sí mismo, porque no hace las cosas por Dios, sino por amor propio, por quedar bien, por la propia complacencia, por la propia gloria...

Los caminos ásperos serán suavizados... ¿Qué asperezas de nuestra conducta pueden dificultarle a Cristo el camino para venir a nuestra alma? Pensemos en nuestro carácter, en nuestros enfados, en nuestra falta de amabilidad con los demás, en nuestros caprichos, en nuestra terquedad...

* * *

Y decía a las muchedumbres que acudían para que los bautizara:

-Raza de víboras, ¿quién os enseñó a huir de la ira venidera? Haced, pues, frutos dignos de penitencia, y no empecéis a decir entre vosotros: Tenemos por padre a Abrahán. Pues os digo que Dios puede hacer surgir de estas piedras hijos de Abrahán. Además, ya está el hacha puesta junto a la raíz de los árboles. Por tanto, todo árbol que no da buen fruto es cortado y echado al fuego ¹.

Muchos judíos se creían justificados por ser descendientes de Abrahán, y Juan les advierte que eso no vale de nada.

Cuando oímos que el Señor nos pide arrepentimiento y conversión, tendemos a buscar enseguida falsas justificaciones para no tener que cambiar nuestra vida: si yo ya soy buena persona, no hago daño a nadie, soy mejor que otros, cumplo con mi religión...

Dios nos pide la humildad de reconocer que no somos nada, que somos pecadores, que necesitamos de su misericordia.

Dios nos pide que vaciemos el corazón de nuestro amor propio, de nuestro yo, para que Él pueda llenarlo con su amor.

Sólo así daremos fruto: obras agradables a sus ojos, porque seremos de verdad hijos de Dios.

* * *

Las muchedumbres le preguntaban:

-Entonces, ¿qué debemos hacer?

Él les contestaba:

-El que tiene dos túnicas, dé al que no tiene; y el que tiene alimentos, haga otro tanto.

Llegaron también unos publicanos para bautizarse y le dijeron:

-Maestro, ¿qué debemos hacer?

¹Lc 3, 7-9.

Y él les contestó:

-No exijáis más de lo que se os ha señalado.

Asimismo le preguntaban los soldados:

-Y nosotros, ¿qué tenemos que hacer?

Y les dijo:

-No hagáis extorsión a nadie, ni denunciéis con falsedad, y contentaos con vuestras pagas ¹.

¿Qué debemos hacer? ¿Qué espera el Señor de nosotros? Juan no les pide nada extraordinario, no les dice que se retiren como él al desierto. Todo lo que Juan les manda es que cumplan sus deberes.

Eso es también lo que espera de nosotros el Señor: que realicemos bien, con perfección, nuestro trabajo; que sirvamos a los demás con una tarea profesional bien hecha; que aprovechemos el tiempo venciendo la pereza y la comodidad; y que, con nuestro ejemplo y nuestra palabra, tratemos de acercar a Dios a los que nos rodean.

* * *

Como el pueblo estimase, y todos se preguntaran en su interior, si acaso Juan no sería el Cristo, Juan salió al paso diciendo a todos:

-Yo os bautizo con agua; pero viene quien es más fuerte que yo, al que no soy digno de desatar la correa de sus sandalias: él os bautizará en Espíritu Santo y en fuego. Tiene el bieldo en su mano, para limpiar su era y recoger el trigo en su granero, y quemará la paja con fuego inextinguible.

Con estas y otras muchas exhortaciones anunciaba al pueblo la buena nueva².

Juan es humilde; por eso, cuando le preguntan si él es el Cristo, dice la verdad. Su vida está totalmente orientada a llevar las gentes a Cristo, no a buscar su propia gloria.

De Juan hemos de aprender que nuestra vida no tiene sentido si no está orientada a buscar la gloria de Dios en todo. Estamos en

¹Lc 3, 10-14.

²Lc 3, 15-18.

esta tierra para dar gloria a Dios, para servirle, para amarle y para arrastrar a muchas almas a la amistad con Él.

Si adviertes que en tu vida algo no tiene como fin la gloria del Señor y el bien de los demás, recházalo.

* * *

Al final de nuestra vida en la tierra Jesús juzgará si somos trigo o paja, si somos otros Cristos llenos de fruto, o si hemos gastado el tiempo inútilmente. Entonces se decidirá nuestro destino eterno: o el Cielo, o el fuego inextinguible.

Ahora estamos a tiempo de hacer que nuestra vida no sea estéril.

Ahora estamos a tiempo de amar, de servir a los demás, de acercarlos a Dios, que los llenará de la verdadera felicidad.

Ahora estamos a tiempo de luchar por conquistar el Cielo.

Pero el tiempo es breve... Tal vez mañana sea tarde.

Los obstáculos del camino

Entonces fue conducido Jesús al desierto por el Espíritu para ser tentado por el diablo. Después de haber ayunado cuarenta días con cuarenta noches, sintió hambre¹.

Antes de comenzar su vida pública, su predicación, Jesús dedica cuarenta días a la oración y al ayuno. Nos enseña así cuál es la base firme e imprescindible de toda vida y de toda acción apostólica: si queremos acercar a los demás a Dios tenemos que empezar, como Cristo, por la oración y el sacrificio.

Algunos piensan que lo más eficaz para atraer las almas a Dios es hablar, convencer, disponer de muchos medios materiales... Se equivocan, y tarde o temprano sufren la amargura del fracaso. La eficacia apostólica radica en la unión con Cristo. El apóstol más eficaz será el que más unido esté a Cristo.

Por tanto, si quieres que se acerque a Dios aquella persona amiga que no quiere saber nada, que parece perdida, lo primero que has de hacer es rezar y ofrecer por ella horas de trabajo y pequeños sacrificios. Y después, sin miedo, sin respetos humanos, habla con ella a solas. Te sorprenderás muchas veces de la eficacia divina.

* * *

Y acercándose el tentador le dijo:

-Si eres Hijo de Dios, di que estas piedras se conviertan en panes.

Él respondiendo dijo:

-Escrito está: No sólo de pan vive el hombre, sino de toda palabra que procede de la boca de Dios².

¹ Mt 4, 1-2.

² Mt 4, 3-4.

Es una tentación frecuente poner nuestros intereses materiales por delante de los bienes del espíritu. Tenemos que convencernos de que lo más importante que hemos de hacer cada día es alimentar nuestro espíritu con la oración y la Eucaristía. Después viene todo lo demás: las relaciones familiares y sociales, el trabajo, la comida, el descanso, que sabremos convertir en ocasiones de agradar a Dios y servir a los demás.

Algunos viven al revés. Su lema es: “primero yo”. Dios y los demás quedan en un segundo lugar, cada vez más pequeño, porque el yo tiende a ocuparlo todo.

Señor, que mi lema sea: “primero Dios”. Ayúdame a no dejar nunca la oración, la conversación íntima contigo y con tu Madre, la Eucaristía, la Confesión frecuente. Sólo así tendré después la fuerza para ocuparme de hacer felices a los demás.

* * *

Luego, el diablo lo llevó a la Ciudad Santa y lo puso sobre el pináculo del Templo. Y le dijo:

-Si eres Hijo de Dios, arrójate abajo. Pues escrito está: Dará órdenes acerca de ti a sus ángeles, para que te lleven en sus manos, no sea que tropiece tu pie contra alguna piedra.

Y le respondió Jesús:

-Escrito está también: No tentarás al Señor tu Dios¹.

Tentar a Dios es exponerse a un peligro innecesario, esperando sin necesidad su ayuda extraordinaria. Tentar a Dios es también exigirle pruebas o señales especiales a causa de nuestra incredulidad.

Lejos de hacer tal cosa, debemos confiar absolutamente en Él. Nuestro Padre Dios nos quiere muchísimo, y está continuamente pendiente de nosotros, aunque a veces nos dé la impresión de que nos ha olvidado.

Señor, Padre mío, confío en Ti. Yo sé que me amas con locura. Por tanto, cuando llegue el momento de la tentación, del cansancio, de la falta de claridad y de entusiasmo, no es que te hayas olvidado de mí; es que Tú permites que pase por todo eso porque me conviene. ¡Gracias, Señor, por todo lo que me envías!

¹ Mt 4, 5-7.

* * *

De nuevo lo llevó el diablo a un monte muy alto, y le mostró todos los reinos del mundo y su gloria, y le dijo:

-Todas estas cosas te daré si postrándote me adoras.

Entonces le respondió Jesús:

-Apártate Satanás, pues escrito está: Al Señor tu Dios adorarás y a Él sólo darás culto.

Entonces lo dejó el diablo, y los ángeles vinieron y le servían¹.

En la tercera tentación, Jesús rechaza la gloria humana. Es una tentación que con frecuencia puede aparecer en nuestra vida ordinaria: buscar el éxito en el trabajo, en lugar de hacerlo para agradar a Dios; querer ser el centro de atención; complacernos en que hablen bien de nosotros y nos alaben...

Es la tentación de robar a Dios la gloria que sólo a Él le corresponde.

Cuando la sientas, dile: “La gloria para Ti, Señor”.

* * *

En todos los caminos hay obstáculos que vencer: piedras que dificultan el paso, cuevas empinadas, baches y angosturas, el cansancio, el calor, el frío y la lluvia. Avanzar poco exige a veces mucho esfuerzo. Y nuestro “hombre viejo” nos insinúa: la meta está tan lejos, tal vez no llegues nunca, ¿para qué seguir? Se presenta entonces la peor de las tentaciones: abandonar el camino comenzado.

Tenemos que estar prevenidos, porque no hay nada que desee tanto el diablo como nuestra retirada. Y para conseguirlo, no se cansará de proporcionarnos mil razones falsas que justifiquen nuestra decisión: esto no es para mí, Dios no puede pedirme tanto, apenas avanzo, más bien parece que retrocedo, tropiezo una y otra vez en las mismas piedras, y tanto esfuerzo ¿para qué?, además no

¹ Mt 4, 8-11.

obtengo ningún fruto en el apostolado, la gente no quiere saber nada...

No entres al diálogo con el **padre de la mentira**¹.

Recuerda que para llegar a la meta es preciso pasar por muchas dificultades, pero **quien persevere hasta el fin, ése será salvo**².

Es Cristo quien nos anima: **Sé fiel hasta la muerte y te dará la corona de la vida**³.

Y no olvides que el secreto de la perseverancia es el amor: «Enamórate, y no “le” dejarás»⁴.

* * *

A lo largo del camino puedes encontrarte con gente -amigos, parientes, conocidos- que, sentados plácidamente a la sombra de los árboles -su dinero, sus bienes, su prestigio social-, te gritarán: “¿A dónde vas? Eres un exagerado, te comportas como un fanático. Sé normal, vive como todos. ¿Qué pretendes? ¿Darnos lecciones? ¿Es que te crees mejor que los demás? ¿No te estarás moviendo por orgullo? Además, ese camino ya está anticuado, no lleva a ninguna parte. Estás perdiendo un tiempo precioso para vivir bien y disfrutar. ¿Es que no puedes ser buena persona sin tener que ir por ese camino?”

Tal vez sin saberlo, prestan su voz al diablo, porque quieren apartarnos del cumplimiento de la voluntad de Dios. Recuerda que también Pedro hizo el oficio de tentador cuando -con toda su buena intención- trató de convencer a Jesús de que no fuese a la Cruz. Y el Señor le dijo: **¡Apártate de mí, Satanás! Eres escándalo para mí, pues no sientes las cosas de Dios sino las de los hombres**⁵.

* * *

¹ Jn 8, 44.

² Mt 10, 22.

³ Apoc 2, 10.

⁴ San Josemaría Escrivá, *Camino*, n. 999.

⁵ Mt 16, 23.

Terminamos hoy nuestra meditación considerando las palabras de un hombre muy enamorado de la Virgen, San Bernardo: «Si se levantan los vientos de las tentaciones, si tropiezas con los escollos de la tentación, mira a la estrella, llama a María. Si te agitan las ondas de la soberbia, de la ambición o de la envidia, mira a la estrella, llama a María. Si la ira, la avaricia o la impureza impelen violentamente la nave de tu alma, mira a María. Si turbado con la memoria de tus pecados, confuso ante la fealdad de tu conciencia, temeroso ante la idea del juicio, comienzas a hundirte en la sima sin fondo de la tristeza, o en el abismo de la desesperación, piensa en María. En los peligros, en las angustias, en las dudas, piensa en María, invoca a María. No se aparte María de tu boca, no se aparte de tu corazón; y para conseguir su ayuda intercesora no te apartes tú de los ejemplos de su virtud. No te descaminarás si la sigues, no desesperarás si le ruegas, no te perderás si en Ella piensas. Si Ella te tiene de su mano, no caerás; si te protege, nada tendrás que temer; no te fatigarás si es tu guía; llegarás felizmente al puerto si Ella te ampara»¹.

¹ San Bernardo, *Hom. super missus est*, 2, 17.

María, el camino para ir a Jesús

Nos cuenta San Juan que **se celebraron unas bodas en Caná de Galilea, y estaba allí la madre de Jesús. También fueron invitados a la boda Jesús y sus discípulos**¹².

La presencia de Jesús y María en las bodas de Caná nos muestra que su comportamiento era muy normal, que tenían amistades, que eran queridos por otras familias, que sabían convivir.

Nos enseña así Jesús que los cristianos tenemos que vivir con naturalidad y sencillez, tratando de comportarnos como hijos de Dios en medio de las realidades familiares y sociales. No podemos vivir una doble vida. No podemos vivir como cristianos cuando estamos en el templo y cuando rezamos, y como paganos cuando trabajamos o nos divertimos.

¿Es nuestra vida coherente con nuestra fe?

¿Tratamos de actuar, en todas las circunstancias de nuestra vida, como hijos de Dios, sabiendo que estamos siempre en la presencia de nuestro Padre?

* * *

Jesús, con su asistencia a las bodas de Caná, bendice el amor entre el hombre y la mujer.

Dios instituyó el matrimonio al principio, y Jesús lo confirmó y elevó a la dignidad de sacramento. Es, por tanto, un camino de santidad por el que Dios quiere que vayan muchos de sus hijos e hijas.

Hay quien piensa equivocadamente que en el matrimonio sólo se puede conseguir, en el mejor de los casos, una santidad de segunda categoría, como si las muchas ocupaciones que lleva consigo la familia fuesen un obstáculo para servir a Cristo. No es

¹

²Jn 2, 1-2.

verdad. Si Dios te llama por ese camino, ten en cuenta que es para ser santo de primera categoría.

Y prepárate ya desde ahora, luchando por llevar una vida limpia, casta. Sólo así tendrás un corazón grande para amar.

* * *

Y, como faltase vino, la madre de Jesús le dijo:

-No tienen vino¹.

María, durante el banquete, está pendiente de los demás. Por eso se da cuenta de que falta el vino. Y no le da igual. Se preocupa de solucionar aquel pequeño problema, que estaba a punto de amargar la fiesta a los recién casados. Poniendo en juego su "autoridad" de Madre, conseguirá de Jesús un milagro, el primero de su vida pública.

María es nuestra Madre, y está pendiente de todo lo que nos sucede, de nuestros pequeños y grandes problemas, y no le da igual, como no le da igual a una madre que su hijo tenga una preocupación, por pequeña que sea. Y como sabe que Jesús no le niega nada, acude a Él para pedirle por nosotros.

A partir de ahora, Madre mía, te contaré todos mis problemas y preocupaciones, para que se los cuentes a Jesús. Así estaré siempre tranquilo, como un niño pequeño en brazos de su madre.

* * *

Jesús le respondió:

-Mujer, ¿qué nos va a ti y a mí? Todavía no ha llegado mi hora.

Dijo su madre a los sirvientes:

-Haced lo que él os diga².

Éste es el gran consejo de María, la "Madre del buen consejo". En estas palabras se contiene la que ha de ser nuestra única

¹Jn 2, 3.

²Jn 2, 4-5.

preocupación a lo largo del camino: hacer lo que Jesús nos dice, cumplir la voluntad de Dios.

¿Es esto lo único que de verdad te preocupa?

¿Tratas sinceramente de saber qué quiere Dios de ti, para hacerlo?

* * *

A pesar de la respuesta aparentemente negativa, María se dirige a los sirvientes con la seguridad de que Jesús ha atendido su petición.

«¿Por qué tendrán tanta eficacia los ruegos de María ante Dios?», se pregunta San Alfonso María de Liguori. Es que las oraciones de María -responde- «son oraciones de Madre, de donde procede su eficacia y carácter de autoridad; y como Jesús ama inmensamente a su Madre, no puede rogar sin ser atendida»¹.

Como buen hijo, deja en las manos de María tus peticiones, tus preocupaciones, tus problemas, que Ella, como Madre de Jesús y Madre tuya, hará siempre lo que más convenga.

* * *

Había allí seis tinajas de piedra preparadas para las purificaciones de los judíos, cada una con capacidad de dos o tres metretas. Jesús les dijo:

-Llenad de agua las tinajas.

Y las llenaron hasta arriba².

Los sirvientes obedecen dócilmente. Llenan las tinajas de agua a pesar de que tal vez no comprendían por qué debían hacer aquello. “Esto es absurdo -podrían haber pensado-. ¿Acaso vamos a solucionar el problema del vino llenando de agua estas tinajas? Esto es un trabajo inútil y una pérdida de tiempo”.

Y gracias a su obediencia, Jesús hará el milagro.

¹San Alfonso María de Liguori, *Sermones abreviados*, 48, II, 1.

²Jn 2, 6-7. La metreta correspondía a unos 40 litros.

Es un ejemplo para nosotros. Cuando el Señor, a través de su Iglesia, de nuestros padres o de la persona que orienta nuestra alma, nos pide algo que no comprendemos, o que sí comprendemos pero resulta costoso, debemos obedecer con docilidad y confianza: **Haced lo que él os diga.**

También nosotros quedaremos sorprendidos de las maravillas que el Señor realizará a través de nuestra obediencia.

* * *

Entonces les dijo:

-Sacad ahora y llevad al maestra sala.

Así lo hicieron. Cuando el maestra sala probó el agua convertida en vino, sin saber de dónde provenía, aunque los sirvientes que sacaron el agua lo sabían, llamó al esposo y le dijo:

-Todos sirven primero el mejor vino, y cuando ya han bebido bien, el peor; tú, al contrario, has guardado el vino bueno hasta ahora.

Así, en Caná de Galilea hizo Jesús el primero de sus milagros con el que manifestó su gloria, y sus discípulos creyeron en él¹.

María, con su oración, no sólo obtiene de su Hijo la solución de un problema "casero". Consigue algo mucho más importante: que los discípulos de Jesús crean en Él, que su fe sea más profunda.

Por encima de los mil favores que podemos pedir a la Virgen, éste es el que le vamos a pedir ahora: que aumente nuestra fe en Jesucristo, y, con ella, nuestra esperanza y nuestro amor, para que no le dejemos nunca.

¹Jn 2, 8-11.

El camino de la felicidad

Algunos piensan que el camino de los cristianos es triste y amargo. Se equivocan. Dios nos quiere felices ya en esta tierra. Lo que sucede es que, con frecuencia, tenemos una idea muy equivocada acerca de la felicidad y del camino que a ella conduce. Es preciso escuchar atentamente a Jesús y creer lo que Él nos enseña en el Sermón de la montaña.

Al ver Jesús a las multitudes, subió al monte; se sentó y se le acercaron sus discípulos; y abriendo su boca les enseñaba diciendo:

-Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los Cielos¹.

Hay quienes buscan la felicidad en la posesión de riquezas. Jesús, en cambio, nos dice que seremos felices, bienaventurados, si luchamos por ser pobres de espíritu.

Ser pobre de espíritu no consiste en no tener nada, sino en tener el corazón desprendido de todo, en usar los bienes que están a nuestra disposición teniendo en cuenta que son de Dios, y que nosotros no somos más que administradores.

Sólo si estamos desprendidos de todo, podemos tener el corazón libre para amar a Dios y a los demás. Y sólo un corazón que ama es feliz.

Conviene, por tanto, que te examines sobre esta virtud tan importante, el desprendimiento:

¿Cómo empleas tu dinero?

¿Cuidas las cosas que utilizas -ropa, libros, etc.- de manera que duren, para no tener que hacer gastos innecesarios?

¿Tienes cosas superfluas?

¿Te produciría tristeza dejar alguna de las cosas que posees?

¿Ayudas de alguna manera a los necesitados?

¹Mt 5, 1-3.

* * *

-Bienaventurados los que lloran, porque ellos serán consolados¹.

Pensamos que lo más opuesto a la felicidad es el sufrimiento y el dolor. Jesús, en cambio, llama bienaventurados a los que lloran, es decir, a los que sufren. ¿Por qué? Porque el sufrimiento es algo que Dios permite para nuestro bien; porque con el sufrimiento podemos desagaviar a Dios por nuestros pecados; porque con el sufrimiento, ofrecido a Dios, ayudamos a Cristo a salvar a todos los hombres.

¿Cómo recibes los sufrimientos que Dios te envía? No, no pienses en grandes dolores que tal vez no tengas. Piensa en las pequeñas contrariedades de cada jornada, en el plan que tenías previsto y no puedes realizar, en las pequeñas enfermedades y molestias, en el disgusto que te produce el modo de ser de algunas personas...

A lo largo del camino de la vida no te faltarán sinsabores, contradicciones, disgustos. Si en ellos ves la voluntad cariñosa de tu Padre Dios, que sabe mejor que tú lo que te conviene, tendrás siempre el consuelo de su cariño, y serás feliz.

* * *

-Bienaventurados los mansos, porque ellos heredarán la tierra².

Es manso el que sabe sufrir con paciencia y serenidad las contrariedades, las ofensas o el mal carácter de los demás, en lugar de enfadarse y dejarse llevar por la ira. Ser manso no quiere decir ser amorfo o apático. Por el contrario, la mansedumbre, la serenidad y la paciencia exigen una voluntad recia, una gran fortaleza de ánimo para dominar nuestros arrebatos de ira y nuestros deseos de venganza.

¿Luchas para dominar tu mal carácter, tu mal genio?

¹Mt 5, 4.

²Mt 5, 5.

¿Eres amable en el trato con los demás, para hacerles la vida agradable?

¿Te enfadas cuando las cosas no salen como a ti te gustan o cuando los demás no te tratan como deseas?

* * *

-Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque ellos serán saciados¹.

La justicia a la que Jesús se refiere es la santidad. Jesús llama felices a los que tienen grandes deseos **-hambre y sed-** de ser santos, de hacer lo que Dios quiere, de ser otros Cristos.

Ten en cuenta que “tener hambre y sed” de ser santo, es algo muy diferente de un “ir tirando” por el camino con un paso cansino y lento, con una lucha mediocre, tibia, tratando de hacer compatible el cumplimiento de la voluntad de Dios con el egoísmo y la pereza.

Decídete a luchar con toda tu alma para ser en todo momento otro Cristo, y sabrás de verdad qué es ser feliz.

* * *

-Bienaventurados los misericordiosos porque ellos alcanzarán misericordia².

Eres misericordioso si perdonas, si tratas de comprender a los demás poniéndote en su lugar, si les ayudas a superar sus defectos, si los quieres con su manera de ser, si te alegras con sus alegrías y sufres con sus penas.

Si eres misericordioso, el Señor tendrá misericordia infinita contigo. Y serás feliz, porque te sentirás perdonado y querido como un hijo por tu Padre Dios.

* * *

¹Mt 5, 6.

²Mt 5, 7.

-Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios¹.

Limpio de corazón es el que no deja entrar en su alma nada que disguste a Dios: apego desordenado al dinero, al placer, a los propios gustos, a la propia gloria...; el que rechaza los malos deseos, y lucha para no recrearse en malas acciones.

Limpio de corazón es el que no tiene un corazón dividido, sino que lo entrega totalmente a Dios, y, en consecuencia, ama a los demás.

El que busca la felicidad en el orgullo o en el placer, puede pasar tal vez un buen rato, pero se encuentra enseguida con la soledad amarga y triste de un corazón egoísta que no ha sabido darse.

El que lucha por tener un corazón limpio, humilde y casto, encuentra como recompensa la felicidad del amor.

* * *

-Bienaventurados los pacíficos, porque ellos serán llamados hijos de Dios².

Los pacíficos son los que están en paz con Dios, porque luchan por hacer su voluntad, y si fallan se arrepienten de todo corazón y vuelven a luchar con optimismo y alegría. Tienen paz porque luchan.

Y como están en paz con Dios, también están en paz con los demás. Y desean llevar la paz a todos los corazones acercándolos a Dios: son pacificadores.

Los que no luchan contra su egoísmo y su orgullo, viven siempre insatisfechos, inquietos, no tienen paz. Y con frecuencia contagian su infelicidad y su malestar a los que le rodean.

¿Tienes paz en tu corazón?

¿Siembras paz y alegría a tu alrededor?

* * *

¹Mt 5, 8.

²Mt 5, 9.

-Bienaventurados los que padecen persecución por la justicia, porque de ellos es el Reino de los Cielos. Bienaventurados seréis cuando os injurien, os persigan y os calumnien de cualquier modo por mi causa. Alegraos y regocijaos, porque vuestra recompensa será grande en el Cielo: de la misma manera persiguieron a los profetas que os precedieron¹.

Si luchas por ser buen cristiano, con todas las consecuencias, te encontrarás con personas que se burlarán de ti, te despreciarán o te marginarán, hablarán mal de ti a tus espaldas, te llamarán exagerado y fanático... El que de verdad sigue a Cristo, ha de estar dispuesto a sufrir, como sufrió Cristo.

Cuando suceda eso, alégrate: el Señor permite que te traten como trataron a su Hijo Jesucristo. ¿No es esa una demostración de que te ama como a un hijo? ¿Y qué importa todo si tienes el cariño de Dios, que te dará el Cielo?

¹Mt 5, 10-12.

"Te seguiré adonde quiera que vayas"

Mientras iban de camino, uno le dijo:

-Te seguiré adonde quiera que vayas.

Jesús le dijo:

-Las zorras tienen sus guaridas y los pájaros del cielo sus nidos, pero el Hijo del Hombre no tiene dónde reclinar su cabeza¹.

El cristiano, el que camina con Cristo, tiene que estar desprendido de todo.

¿Qué cosas me atan y me impiden seguir de cerca a Cristo?

¿Hay algo que no estoy dispuesto a dejar si Cristo me lo pide?

¿Por qué no dejo la comodidad que me impide hacer bien mi trabajo, ayudar a los demás, participar en la Santa Misa o tratar cada día al Señor y a su Madre en la oración?

Si quiero seguir a Cristo, tengo que estar desprendido de todo. También de mis proyectos personales, porque puede ser que Él tenga para mí otros proyectos más "inteligentes" y más importantes.

¿Estoy dispuesto a prescindir de mis planes para decir que sí a los planes de Dios?

* * *

A otro le dijo:

-Sígueme.

Pero éste contestó:

-Señor, permíteme ir primero a enterrar a mi padre.

Y Jesús le dijo:

-Deja que los muertos entierren a sus muertos; tú vete a anunciar el Reino de Dios¹.

¹Lc 9, 57-58.

Si Jesús le dice estas palabras, aparentemente duras, «no es - afirma San Juan Crisóstomo- porque nos mande descuidar el honor debido a quienes nos engendraron, sino para darnos a entender que nada ha de haber para nosotros más necesario que entender en las cosas del Cielo, que a ellas hemos de entregarnos con todo fervor y que ni por un momento podemos diferirlas, por muy ineludible y urgente que sea lo que pudiera apartarnos de ellas»².

No dejes la decisión de entregarte a Dios para otro momento: cuando acabes los estudios, cuando tengas más edad, cuando cambien estas circunstancias o las otras...

No sabes si vivirás mañana, y -en cualquier caso- es hoy cuando te llama Dios.

* * *

¿Has considerado alguna vez que Cristo te pide también a ti, como a todos los cristianos, que anuncies el Reino de los Cielos, que lleves a Dios a los que te rodean, con tu ejemplo y con tu palabra?

No te desentiendas fácilmente pensando que eso no va contigo. Eso va con todos los hijos de Dios. Si de verdad amamos a Dios, ¿cómo no vamos a querer que todos le amen? Si tenemos la alegría y la felicidad de sabernos amados por Dios, ¿cómo no vamos a querer que los otros sean también felices?

Tú, como cristiano que eres, estás comprometido en la maravillosa misión de anunciar el Reino de los Cielos, la doctrina de Cristo, esta verdad que salva y llena de alegría a los corazones. Y esa gran misión puedes y debes realizarla en tu lugar de trabajo, en tu familia, con tus amigos, en tu ambiente, donde nadie puede reemplazarte.

Te animo a meditar estas palabras de Juan Pablo II dirigidas a los jóvenes: «Son muchos vuestros coetáneos que no conocen a Cristo, o no lo conocen lo suficiente. Por consiguiente, no podéis permanecer callados e indiferentes. Debéis tener el valor de hablar de Cristo, de dar testimonio de vuestra fe a través de vuestro estilo de vida inspirado en el Evangelio. San Pablo escribe: “¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!” (1 Cor 9, 16). Ciertamente, la mies es

¹Lc 9, 59-60.

²San Juan Crisóstomo, *Homilía sobre S. Mateo*, 27.

mucha, y se necesitan obreros en abundancia. Cristo confía en vosotros y cuenta con vuestra colaboración»¹.

Que el apóstol Santiago nos ayude a no poner condiciones para llevar a cabo esa gran tarea para la que el mismo Dios cuenta con nosotros.

* * *

Y otro dijo:

-Te seguiré, Señor, pero primero permíteme despedirme de los de mi casa.

Jesús le dijo:

-Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios².

No podemos poner condiciones al seguimiento de Cristo:

“Seré buen cristiano siempre y cuando Dios no me pida tal cosa”.

“Haré lo que Dios quiera en todo, menos en tal asunto”.

“Seguiré a Cristo, pero más adelante”.

A Dios hay que darle todo, obedecerle en todo, entregarle la vida entera por amor. El que ama de verdad se da del todo. En cambio, como dice un viejo proverbio oriental, «el que busca a Dios y vende todo lo que tiene, menos el último céntimo, es un tonto: porque a Dios se le compra siempre con el último céntimo».

* * *

Nadie que pone su mano en el arado y mira hacia atrás es apto para el Reino de Dios.

Da pena leer en la Sagrada Escritura las quejas de los israelitas, a los que Dios había sacado de la esclavitud de Egipto y conducía por el desierto hacia la tierra prometida: **¡Quién pudiera comer carne! Cómo nos acordamos del pescado que comíamos**

¹Juan Pablo II, *Mensaje para la IV Jornada mundial de la juventud, 1989* (27-XI-1988).

²Lc 9, 61-62.

gratis en Egipto, y de los pepinos, melones, puerros, cebollas y ajos. Pero ahora se nos quita el apetito de no ver más que maná¹. Echan en falta las cebollas y los ajos, pero ya no recuerdan que eran esclavos, obligados a matar a sus hijos varones y a trabajar para el faraón en condiciones inhumanas.

El cristiano que se ha decidido a seguir a Cristo, no puede mirar atrás y pensar con tristeza: “Dejé tal cosa, ya no puedo hacer tal otra, si no fuera cristiano podría hacer esto o lo otro...”

Eso es ser mezquino con Dios.

¿Y podemos ser mezquinos con un Dios que nos ama hasta el extremo de morir por nosotros en la Cruz para librarnos de la esclavitud del pecado y convertirnos en hijos suyos?

* * *

Además, si miras hacia atrás, si sientes tristeza por todo eso que dices haber dejado, es que no estás luchando decididamente por seguir a Cristo, y por eso no tienes ilusión por arar este campo de Dios que es el mundo entero, para hacer felices a todos los hombres que lo pueblan.

Decídate de una vez por todas a mirar el horizonte de amor que te espera; a mirar el mundo, que necesita de tu entrega para convertirse a Dios; a mirar a tantas personas que -quizá sin saberlo- están pidiendo a gritos tu ejemplo y tu palabra para encontrar el verdadero sentido de su vida.

* * *

Mira con qué decisión, con qué rapidez respondieron los Apóstoles a la llamada del Señor:

Mientras caminaba junto al mar de Galilea vio a dos hermanos, Simón el llamado Pedro y Andrés su hermano, que echaban la red al mar, pues eran pescadores. Y les dijo:

-Seguidme y os haré pescadores de hombres.

Ellos, al instante, dejaron las redes y le siguieron. Pasando adelante, vio a otros dos hermanos, Santiago el de Zebedeo y

¹Num 11, 4-6.

Juan su hermano, que estaban en la barca con su padre Zebedeo remendando sus redes; y los llamó. Ellos, al instante, dejaron la barca y a su padre, y le siguieron¹.

¡Danos, apóstol Santiago, la generosidad que tú tuviste para dejarlo todo y seguir a Cristo!

¹Mt 4, 18-22.

“Id: he aquí que yo os envío”

Después de esto designó el Señor a otros setenta y dos, y los envió de dos en dos delante de él a toda ciudad y lugar a donde él había de ir. Y les decía:

-La mies es mucha, pero los obreros pocos. Rogad, pues, al señor de la mies que envíe obreros a su mies. Id: he aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos¹.

Piensa que Jesús te dice hoy al oído estas palabras: **La mies es mucha, pero los obreros pocos...**

La mies es el mundo entero, los millones de personas que no conocen a Cristo, que no le siguen, que no le aman, que se oponen a Él. Millones de personas que buscan el camino de la felicidad y no lo encuentran.

Esto a ti ¿no te preocupa?

¿Podemos tener el corazón tan duro que permanezcamos indiferentes ante el verdadero problema de la humanidad?

Y a lo mejor seguimos diciendo que amamos a los demás... Pues hemos de tener en cuenta que, como nos dice San Agustín, «nadie ama al prójimo sino quien ama a Dios y trata con todas sus fuerzas de que ame también a Dios ese prójimo a quien ama como a sí mismo»².

* * *

-Rogad, pues, al señor de la mies que envíe obreros a su mies. He aquí lo primero que debemos hacer: rezar, pedir a Dios nuestro Señor que todos los cristianos se sientan llamados y enviados a anunciar a Cristo a todo el mundo.

¹Lc 10, 1-3.

² San Agustín, *Epístola* 167, 5, 16.

Pero no podemos rezar y desentendernos, como si esta gran batalla de amor y de paz no fuese con nosotros.

También a ti y a mí, que somos cristianos, nos dice Cristo: “Vete, he aquí que yo te envío...” Por ser cristianos somos apóstoles, es decir, enviados de Cristo. Es Dios el que nos encarga la misión de remover las almas de los que están a nuestro lado, de nuestros compañeros de trabajo, de nuestros amigos y familiares.

«Sí, mis queridos jóvenes -nos dice Juan Pablo II-, Cristo no os llama solamente a caminar con Él en esta peregrinación de la vida. Él os envía en su lugar, para que seáis su testimonio en el mundo, concretamente, delante de otros jóvenes como vosotros, porque muchos de ellos hoy, en el mundo entero, están en busca del camino, de la verdad y de la vida, pero no saben hacia donde ir»¹.

* * *

-Id: he aquí que yo os envío como corderos en medio de lobos. Jesús no nos oculta las dificultades de nuestra misión. Nos encontraremos con lobos que tratarán de mordernos con su sonrisa burlona, con su desprecio, con sus chismes y calumnias... Pero no podemos olvidar que Jesús es el que nos envía, y que vamos respaldados por su poder y su gracia.

«Es cada vez más necesario -nos urge Juan Pablo II- que incluso en los lugares más apartados de la tierra se den testigos, testigos jóvenes, del Evangelio, sin miedo o temor a las situaciones y a las circunstancias adversas, que sepan vivir coherentemente las exigencias de la fe, con la mirada fija en la santificación personal y en el ejercicio de la caridad fraterna (...). ¡Proclamad con decisión la verdad única de Cristo!»².

-Id: he aquí que yo os envío...

¿Por qué tenemos miedo?

* * *

Sigue hablando Jesús a los setenta y dos, y a nosotros:

¹Juan Pablo II, *Mensaje a los jóvenes desde el Monte del Gozo* (19-VIII-1989).

²Id., *Palabras del Papa en el rezo del Angelus*, Santiago (20-VIII-1989).

-No llevéis bolsa ni alforja ni sandalias, y no saludéis a nadie por el camino¹.

Con estas palabras, Jesús quiere hacernos entender la urgencia de nuestra misión. No hay motivos para retrasarla. Es urgente llegar a los demás, hablarles de Dios, llevarlos a Dios.

Hay millones de personas que esperan. No podemos perder el tiempo en tonterías y parsimonias. Y un modo muy triste de perder el tiempo que el Señor nos concede para realizar nuestra misión, es agobiarnos con preocupaciones y problemas personales: mi prestigio, mis estudios, mi dinero, mi tiempo, mi salud, mi seguridad...

* * *

-En la casa en que entréis decid primero: paz a esta casa. Y si allí hubiera algún hijo de paz, descansará sobre él vuestra paz; de lo contrario retornará a vosotros².

Llevar las almas a Dios es llevarlas a la paz y a la felicidad. Y acercar a tus amigos al sacramento de la Penitencia es acercarlos a la alegría, a la paz con Dios y con los demás.

Si animamos a los demás, con el ejemplo y la palabra, a luchar contra la soberbia, el egoísmo, la pereza, la lujuria..., les ayudaremos a tener una gran paz en su alma, porque la paz interior es consecuencia de la lucha.

* * *

Un falso concepto de tolerancia y una idea equivocada del respeto a la intimidad de los demás, ha llevado a muchos católicos a planteamientos absurdos, incoherentes con la fe y con la caridad que dicen practicar.

Imagínate que en tu camino hacia Compostela te encuentras con un amigo que va en sentido contrario y que, a pesar de todo, afirma que se dirige a Santiago. ¿Qué harías? ¿Le dejarías seguir su camino sin decirle siquiera que compruebe si va en la dirección acertada? Mostrarle el mapa y las señales del camino, ¿sería acaso

¹Lc 10, 4.

²Lc 10, 5-6.

una coacción, una manifestación de fanatismo, una pretensión de darle lecciones? ¿Pensarías tal vez que, como tienes que ser tolerante y respetuoso con las opiniones de los demás, no debes decirle nada? Si obraras así no estarías viviendo la tolerancia ni el respeto, sino faltando al sentido común y a la caridad con tu amigo.

Cuando algunos hablan de tolerancia y de respeto a la intimidad, dan ganas de preguntarle: ¿No será que callarse es lo más cómodo?

* * *

Antes de enviarlos, el Señor termina la instrucción de sus apóstoles con estas palabras:

-Quien a vosotros oye, a mí me oye; quien a vosotros desprecia, a mí me desprecia; y quien a mí me desprecia, desprecia al que me ha enviado¹.

Somos apóstoles de Cristo. Y cuando enseñamos la verdad a los demás y estos nos oyen, oyen a Cristo. Pero si, por cobardía, por ceder a la timidez, por respetos humanos o por pereza, no hablamos -con obras y palabras-, los demás no pueden oír a Cristo: dejamos a Cristo sin voz, y a los demás sin Cristo.

* * *

“Basta con el testimonio de la propia vida”, afirman algunos.

Mira lo que dice la Iglesia, hablando del apostolado de los laicos: «Este apostolado, sin embargo, no consiste sólo en el testimonio de vida. El verdadero apóstol busca ocasiones para anunciar a Cristo con la palabra, ya a los no creyentes, para llevarlos a la fe; ya a los fieles, para instruirlos, confirmarlos y estimularlos a mayor fervor de vida: “*La caridad de Cristo nos urge*” (2 Cor 5, 14), y en el corazón de todos deben resonar aquellas palabras del Apóstol: “*¡Ay de mí si no predicara el Evangelio!*” (1 Cor 9, 16)»².

¹Lc 10, 16.

²Concilio Vaticano II, *Decreto sobre el apostolado de los seglares*, n. 6.

“Un samaritano que iba de camino”

Entonces un doctor de la Ley se levantó y dijo para tentarle:

-Maestro, ¿qué debo hacer para conseguir la vida eterna?

Él le contestó:

-¿Qué está escrito en la Ley? ¿Cómo lees?

Y éste le respondió:

-Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente, y a tu prójimo como a ti mismo.

Y le dijo:

-Has respondido bien: haz esto y vivirás¹.

Éste es el primer mandamiento, el más importante, el que da sentido a todos los demás: **Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón y con toda tu alma y con todas tus fuerzas y con toda tu mente.**

Pero, ¿cómo se puede amar a alguien a quien no se trata? ¿Cómo podemos amar a Dios si no lo tratamos? Tratar a Dios es hacer oración, hablar con Él, como se habla con un Amigo, con un Padre que nos ama con locura.

¿Cómo es posible que algunos cristianos no concedan apenas importancia a la oración? La reducen a un recurso extremo para situaciones difíciles. Para otros es algo inútil, incompatible con una mentalidad realista, algo propio de mentes infantiles y sentimentales, pero no de personas “normales” y “maduras”.

¿Cómo se ha llegado a esta radical deformación de la vida cristiana?

Para amar a Dios sobre todas las cosas y cumplir su voluntad, hay que conocerlo.

¹Lc 10, 25-28.

Para conocerlo, hay que tratarlo.

Y para tratarlo, ¿no es lógico que dediquemos todos los días un tiempo a la oración, a conversar con Él?

Sin oración no podemos conocer a Cristo, ni amarlo, ni darlo a conocer.

Sin oración no podemos caminar con Cristo, seguir sus pasos.

Sin oración no hay vida cristiana, ni santidad, ni entrega generosa a los demás.

* * *

No hay nada que te mueva tanto a amar a Dios como considerar lo mucho que Él te ama a ti:

Te creó por amor: desde toda la eternidad pensó en ti, te amó y quiso que existieses para hacerte eternamente feliz.

Te mantiene constantemente en la existencia: cada vez que late tu corazón es como si Él te dijese: hijo mío, te amo.

Para que pudieses ser su hijo y vivir con Él eternamente en el Cielo, sufrió tormentos indecibles y murió crucificado.

Te perdonó mil veces, mil veces te abrazó y te cubrió de besos en el sacramento de la Penitencia.

Se quedó por amor a ti en la Eucaristía para que puedas recibirlo, y por ti está en cada sagrario, encerrado en esa cárcel de amor, humillado hasta ese extremo, para que en cualquier momento puedas hablar con Él.

Te dio a su Madre...

Es muy importante meditar estas locuras del amor de Dios por nosotros, porque, como nos dice la Madre Teresa de Calcuta, «una vez que comprendemos hasta qué punto Dios está enamorado de nosotros, ya sólo podemos vivir la vida irradiando ese amor»¹.

* * *

¹Madre Teresa de Calcuta, *Camino de sencillez*, Ed. Planeta, Barcelona 1995, p. 93.

Pero él, queriendo justificarse, dijo a Jesús:

-¿Y quién es mi prójimo?

Entonces Jesús, tomando la palabra, dijo:

-Un hombre bajaba de Jerusalén a Jericó y cayó en manos de unos salteadores que, después de haberle despojado, le cubrieron de heridas y se marcharon, dejándolo medio muerto. Bajaba casualmente por el mismo camino un sacerdote; y, viéndole, pasó de largo. Asimismo, un levita, llegando cerca de aquel lugar, lo vio y pasó de largo. Pero un samaritano que iba de camino llegó hasta él, y al verlo se movió a compasión, y acercándose vendó sus heridas echando en ellas aceite y vino; lo hizo subir sobre su propia cabalgadura, lo condujo a la posada y él mismo lo cuidó. Al día siguiente, sacando dos denarios, se los dio al posadero y le dijo: Cuida de él, y lo que gastes de más te lo daré a mi vuelta.

¿Cuál de estos tres te parece que fue el prójimo de aquel que cayó en manos de los salteadores?

Él le dijo:

-El que tuvo misericordia con él.

-Pues anda, le dijo entonces Jesús, y haz tú lo mismo¹.

El sacerdote y el levita pasaron junto al herido, pero iban a lo suyo, y consideraron que lo suyo era demasiado importante como para perder el tiempo con aquel hombre. “Ya pasará alguien que le ayude”. Y hasta es posible que comentaran después: “¡Hay que ver lo mal que está el mundo! Cada vez hay más salteadores por los caminos”.

¿No es ésta muchas veces nuestra propia actitud? ¿No es verdad que habitualmente vamos a lo nuestro: nuestras cosas, nuestra comodidad, nuestros planes, y que no tenemos tiempo ni cabeza ni corazón para preocuparnos de los que nos rodean?

Piensa en los conocidos, amigos y familiares con los que habitualmente te relacionas. ¿Qué importancia tienen para ti sus problemas y preocupaciones? ¿Qué haces para ayudarles, para hacerles la vida más agradable, para hacerlos felices?

* * *

¹Lc 10, 29-37.

Con la parábola del buen samaritano, Jesús nos enseña que nuestro prójimo es todo aquel que necesita de nosotros, sea cual sea su raza, su color, su religión, su patria... Tampoco importa que sea nuestro amigo o no lo sea, que nos caiga simpático o antipático.

Nos enseña también que no basta con tener buenos sentimientos ante las necesidades del prójimo: el amor se demuestra con obras de servicio que, lógicamente, suponen un sacrificio personal. «Debemos crecer en el amor -nos dice la Madre Teresa-, y para ello debemos amar constantemente y dar y seguir dando hasta que nos duela, tal como hizo Jesús. Hacer cosas ordinarias con un amor extraordinario: cosas pequeñas como cuidar a los enfermos y a los indigentes, a los solitarios y a los marginados, lavar y limpiar para ellos.

»Debemos dar aquello que nos cuesta algo. Así no estaremos dando simplemente cosas de las que podemos prescindir, sino cosas de las que no podemos o no queremos prescindir, cosas que nos importan realmente. Es entonces cuando nuestra donación se convierte en un sacrificio y tiene valor ante Dios»¹.

* * *

En este rato de conversación con Dios, vamos a considerar algunas obras de misericordia, de servicio, que podemos vivir:

-Enseñar al que no sabe: ¿Eres generoso con tu tiempo a la hora de ayudar a tus compañeros de trabajo o de estudio? ¿No podrías dedicar parte de tu tiempo libre a enseñar la doctrina cristiana a los que se preparan para recibir la primera Comunión o la Confirmación?

-Dar buen consejo al que lo necesita y corregir al que se equivoca: ¿Sabes ayudar con tu ejemplo y tu palabra a esos amigos tuyos que están alejados de Dios o, por el contrario, te desentendes de ellos por un falso respeto a su libertad, por miedo al qué dirán, en una palabra, por cobardía?

-Perdonar las injurias: Si piensas en lo mucho que Dios te ha perdonado a ti, te será más fácil perdonar enseguida y de todo corazón a los que se han portado mal contigo. «Nada nos asemeja tanto a Dios -afirma San Juan Crisóstomo- como estar siempre

¹Madre Teresa de Calcuta, *Camino de sencillez*, pp. 107-108.

dispuestos al perdón»¹. ¿Vives la misericordia con los demás o eres rencoroso y vengativo?

-Sufrir con paciencia los defectos del prójimo: Tus padres, tus hermanos, tus amigos, todos cometemos errores. También tú. ¿Sabes querer a los demás con sus defectos, ayudándoles a corregirlos si son ofensa a Dios, o eres duro e incomprensivo?

Además, ¿has pensado alguna vez que esos defectos de los demás que tanto te molestan, tal vez te molestan tanto porque son los mismos que tienes tú? Recuerda aquel famoso consejo de San Agustín: «Procurad adquirir las virtudes que creéis que faltan en vuestros hermanos, y ya no veréis sus defectos, porque no los tendréis vosotros»².

-Visitar y cuidar a los enfermos: En los enfermos tenemos que ver de un modo especial a Cristo. Cuando enferma un amigo tuyo, ¿te preocupas de visitarlo y ayudarlo en lo que necesite? Cuando ves a tu padre o a tu madre cansados, ¿te adelantas a ayudarles haciendo tú los trabajos más incómodos y molestos?

* * *

El buen samaritano representa también a Jesús; y el hombre asaltado por los ladrones, a cada uno de nosotros. Jesús tiene compasión y misericordia del hombre, esclavizado por el pecado, y muere por él en la Cruz para curarlo, para redimirlo, para convertirlo de nuevo en hijo de Dios.

Jesús, el Buen Samaritano, cura nuestras heridas con mayor cariño que la madre más buena, cuando acudimos arrepentidos al sacramento de la Confesión. Cada vez que vas a confesarte, es el mismo Cristo quien te escucha, te aconseja, te perdona, te limpia, te devuelve la alegría, te da nuevas fuerzas para la lucha y te estrecha entre sus brazos.

¿Por qué no vas a confesarte con más frecuencia?

¹San Juan Crisóstomo, *Homilía sobre S. Mateo*, 19.

²San Agustín, *Enarraciones in Psalmos*, 30, 2, 7.

El camino es estrecho

Y recorría ciudades y aldeas enseñando, mientras caminaba hacia Jerusalén. Y uno le dijo:

-Señor, ¿son pocos los que se salvan?

Él les contestó:

-Esforzaos para entrar por la puerta angosta, porque muchos, os digo, intentarán entrar y no podrán¹.

¿Son pocos los que se salvan? Jesús no da una respuesta precisa a esta pregunta. Pero sí sabemos con certeza que Dios **quiere que todos los hombres se salven²**. Y lo quiere tanto que Cristo, Dios y Hombre, murió en la Cruz para abrirnos a todos las puertas del Cielo.

Por tanto, no podemos desesperar nunca, no podemos desanimarnos nunca: es Dios, nuestro Padre Todopoderoso, el que está empeñado en que seamos santos. Por su parte, no dejará de ayudarnos en ningún momento para que lleguemos a la vida eterna, a sus brazos.

El que trata de desanimarnos, el gran pesimista, el gran derrotista es el diablo.

* * *

En el Sermón de la montaña ya se había referido Jesús a la puerta angosta y al camino estrecho:

-Entrad por la puerta angosta, porque amplia es la puerta y ancho el camino que conduce a la perdición, y son muchos los que entran por ella. ¡Qué angosta es la puerta y estrecho el

¹Lc 13, 22-24.

²1 Tim 2, 4.

camino que conduce a la Vida, y qué pocos son los que la encuentran!¹.

Hay un camino ancho, cómodo, fácil, alegre en apariencia. Pero por ése no se llega a la Vida. El camino del Cielo -lo dice Jesús- es estrecho, tiene dificultades, exige esfuerzo y lucha diaria por cumplir la voluntad de Dios. Pero vale la pena caminar por él, porque lleva a la Vida.

Señor, que no me deje arrastrar por la comodidad y el egoísmo, que no me deje dominar por la soberbia y el afán de tener, que no convierta nunca a otra persona en objeto de mi placer. Los que viven buscándose a sí mismos parecen alegres y contentos, pero en el fondo están tristes, porque nada les llena el corazón. Ayúdame a caminar por el camino estrecho que lleva a la vida eterna. Por ese camino, aunque parezca lo contrario, iré feliz, porque iré contigo.

* * *

No serás feliz si luchas a medias, si pretendes hacer compatible el agradar a Dios con una vida cómoda, si no llevas la Cruz a plomo, si la vas arrastrando perezosamente por el camino.

Quieres hacer un rato de oración, pero si te sientes desganado o tienes mucho quehacer, la dejas o la haces mal.

Quieres santificar el trabajo, pero cuando te encuentras un poco cansado, lo dejas a medias o haces chapuzas.

Quieres acercar a los demás a Dios, pero si se resisten, te desanimas y enseguida tiras la toalla.

Y así con todo.

Si quieres ser feliz debes tener en cuenta que «nadie es feliz, en la tierra, hasta que se decide a no serlo»².

* * *

Algunos quieren vivir con la conciencia tranquila (“¡yo me considero católico!”), pero sin renunciar a nada, sin tener que

¹Mt 7, 13-14.

²San Josemaría Escrivá, *Surco*, n. 52.

sacrificar su comodidad y sus ambiciones, sin tener que nadar contra corriente. Quieren vivir un cristianismo sin Cruz.

Para conseguir su propósito, se erigen en jueces y maestros del bien y del mal, por encima de Dios y de las enseñanzas de la Iglesia. Son ellos mismos los que deciden qué se puede aceptar y qué se debe rechazar, tomando como criterio su “sentido común”, su “sensatez”, su conciencia, que consideran infalible.

¿No los has oído nunca?: “Está claro -dicen con aire de suficiencia- que la Iglesia exagera en ese tema. No conoce la realidad. Adopta una postura muy conservadora. Así se explica que las iglesias se queden vacías... No tendrá más remedio que cambiar y adaptarse a los tiempos”.

Es importante tener en cuenta que con la cabeza hinchada por la soberbia y el vientre cebado por el egoísmo nos podemos encontrar con serias dificultades para entrar por la puerta estrecha.

* * *

Que el camino sea estrecho no quiere decir que los que caminan por él se sientan tristes y amargados. Muchos imaginan que, si luchan por hacer en todo la voluntad de Dios, su vida será insoportable. Piensan que si se deciden a desprenderse de todo, de sus egoísmos y ambiciones, para entregarse a los demás por Cristo, serán toda su vida unos pobres desgraciados cuyo único consuelo es que en la otra vida lo tendrán todo. Consideran que cargar con la Cruz es incompatible con la alegría.

¡Qué equivocado estás si también tú piensas así!

Enamórate de Cristo, sigue sus pasos, toma sobre tus hombros la Cruz, olvídate de ti mismo, y comprobarás que Dios llena a sus hijos de una alegría que sólo Él puede dar. Comprenderás entonces estas palabras de un hombre santo, al que Dios no ahorró sufrimientos, y abundantes, en esta vida: «Cada vez estoy más persuadido: la felicidad del Cielo es para los que saben ser felices en la tierra»¹.

* * *

¹Id., *Forja*, n. 1005.

No estás alegre, no eres feliz porque no acabas de creer que las dificultades del camino son algo que Dios quiere o permite para tu bien. No acabas de creer en el amor que Dios te tiene. Necesitas estar firmemente convencido «de que Dios es un Padre lleno de bondad que busca por todos los medios confortar, ayudar, hacer felices a sus hijos, a quienes sigue con un amor infatigable, como si Él mismo no pudiera ser feliz si ellos no lo son. El hombre, el más perverso, el más miserable y perdido, es amado con ternura inmensa por Jesús; para cada hombre es padre y una tierna madre»¹.

* * *

Cuando llegues a la Catedral de Santiago, tal vez puedas entrar por la Puerta Santa, que sólo se abre durante el Año Jubilar. Penetrar por esa Puerta significa meterse en el Corazón misericordioso de Dios: la única condición para recibir su perdón es entrar en su Corazón, es decir, convertirse.

La Puerta Santa también representa a Cristo: **Yo soy la puerta; si alguno entra a través de mí, se salvará**². Para entrar en el Reino de Dios hay que pasar por esa Puerta, ser otros Cristos.

Entrar por la Puerta Santa significa entrar en la Iglesia por la fe y el Bautismo: **El que crea y sea bautizado, se salvará**³. Hemos entrado en la Iglesia el día que fuimos bautizados, pero es necesario perseverar en ella hasta el final, siendo fieles a sus enseñanzas.

Convertirse, luchar para ser otro Cristo, ser fiel a la doctrina de la Iglesia por Él fundada, todo eso no es fácil: la puerta es estrecha. Pero no te desanimes: cuentas con la ayuda de Dios. Sólo tienes que pedírsela con la sencillez y la confianza de un niño.

* * *

Sigue hablando Jesús:

-Una vez que el dueño de la casa haya entrado y cerrado la puerta, os quedaréis fuera y empezareis a golpear la puerta,

¹ Juan Pablo II, *Discurso*, 22-XI-1981.

² Jn 10, 9.

³ Mc 16, 16.

diciendo: Señor, ábrenos. Y os responderá: No sé de dónde sois. Entonces empezareis a decir: Hemos comido y hemos bebido contigo, y has enseñado en nuestras plazas. Y os dirá: No sé de dónde sois; apartaos de mí todos los que obráis la iniquidad. Allí será el llanto y el rechinar de dientes, cuando veáis a Abrahán y a Isaac y a Jacob y a todos los profetas en el Reino de Dios, mientras que vosotros sois arrojados fuera. Y vendrán de Oriente y de Occidente y del Norte y del Sur y se sentarán a la mesa en el Reino de Dios. Pues hay últimos que serán primeros, y primeros que serán últimos¹.

Jesús nos recuerda que, al final del camino de la vida, seremos juzgados. Entonces se nos preguntará si hemos hecho la voluntad de Dios, si hemos cumplido la misión que Él nos ha encomendado, si somos otros Cristos.

Todo lo demás no tendrá importancia: será dejado de lado, aunque a los ojos de los hombres haya tenido gran valor.

Por eso es tan importante que nos preguntemos con frecuencia: ¿Estoy haciendo lo que Dios me pide? ¿Qué haría Cristo en mi lugar?

¹Lc 13, 25-30.

"Y levantándose se puso en camino"

Dijo también:

-Un hombre tenía dos hijos. El más joven de ellos dijo a su padre: Padre, dame la parte de hacienda que me corresponde. Y les repartió los bienes. No muchos días después, el hijo más joven, reuniéndolo todo, se fue a un país lejano y malgastó allí su fortuna viviendo lujuriosamente. Después de gastar todo, hubo una gran hambre en aquella región y él empezó a pasar necesidad. Fue y se puso a servir a un hombre de aquella región, el cual lo mandó a sus tierras a guardar cerdos; le entraban ganas de saciarse con las algarrobas que comían los cerdos; y nadie se las daba¹.

¡Qué triste es la vida del hombre cuando se aleja de Ti, Señor! Deja de servirte pensando que va a ser libre, y se convierte en esclavo de sus pasiones, en pastor de cerdos. Se aparta de Ti pensando que va a ser feliz, y se encuentra más hambriento de amor que nunca. Y para saciarse sólo tiene las algarrobas de amoríos bajos, que producen un vacío todavía mayor en este corazón nuestro, hecho para amarte a Ti.

No permitas, Señor, que me aleje nunca de tu Casa, de nuestra Casa. Dame horror al pecado, que es lo único que puede separarnos.

* * *

El pecado no consiste simplemente en equivocarse de camino, no es un error de cálculo o una falta de ortografía. Es rechazar el amor de nuestro Padre Dios y preferir el amor propio; es al mismo tiempo dejar su Casa y echarlo de nuestra casa; es despreciar nuestra dignidad de hijos de Dios, que Jesucristo nos ganó derramando su Sangre en la Cruz; es cambiar nuestra herencia de

¹Lc 15, 11-16.

hijos -el Cielo- por algo que pueda satisfacer nuestro egoísmo o nuestra soberbia.

Es como volver a crucificar a Jesús: «Los que pecan después del bautismo -afirma Santo Tomás-, vuelven a crucificar a Cristo, en cuanto está en su poder, ya que Cristo murió de una vez para siempre por nuestros pecados. Tú, que estás bautizado y pecas, haces que Cristo sea crucificado de nuevo en lo que está de tu parte, y que así se haga escarnio de Cristo, ya que te vuelves a manchar después de haber sido limpiado por su Sangre»¹.

El pecado es el único mal verdadero que existe en el mundo.

Te pido perdón, Dios mío, por todos los pecados de mi vida, y, con tu gracia, renuevo el firme propósito de no ofenderte más, de preferir la muerte antes que ofenderte.

* * *

Recapacitando, se dijo: ¡cuántos jornaleros de mi padre tienen pan abundante mientras yo aquí me muero de hambre! Me levantaré e iré a mi padre y le diré: padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo; trátame como a uno de tus jornaleros. Y levantándose se puso en camino hacia la casa de su padre².

Es imposible que el hombre salga del abismo del pecado con sus propias fuerzas. Aunque parece que todo depende del pecador, en realidad, si Dios no le diese la gracia del arrepentimiento, se quedaría para siempre en ese pozo de miseria.

Gracias, Señor, por darme la gracia. Te has compadecido de mí, me has tendido tu mano y, tal vez con lágrimas en los ojos, me has dicho, como a Lázaro: Ven, hijo mío. No quiero que mueras eternamente. Quiero tenerte conmigo para siempre, porque a pesar de todo eres mi hijo.

* * *

Recapacitando... ¡Cuántas falsas razones nos presentan el diablo y nuestra soberbia para no volver a la Casa del Padre!:

¹Santo Tomás de Aquino, *Super Ep. ad Hebreos lecturam*, c. 6, lect. 1.

²Lc 15, 17-20.

“Si vuelvo, no seré libre para disfrutar de la vida: mi padre es exigente”.

“Volveré, pero más adelante”.

“Criar cerdos y comer Algarrobas también proporciona ciertas satisfacciones”.

“¿Qué van a pensar mis amigos, criadores también de cerdos? Van a pensar que soy débil y necesito del cariño de mi padre”.

“Hoy en día, la mayoría de la gente vive como yo, por tanto es lo normal”.

“No es para tanto, al fin y al cabo no hago daño a nadie”.

“Aunque muera criando cerdos, mi padre no es tan malo para castigarme eternamente como quieren hacernos creer algunos fanáticos”.

“Además me da vergüenza reconocer mi pecado, y no quiero pasar un mal rato”.

Y así, a fuerza de ir contra la propia conciencia, no es difícil que al cabo del tiempo se insinúe también esta otra razón: “Tal vez mi padre ha muerto ya...”

Señor, dame tu gracia para volver siempre a Ti. Que no me deje engañar por mi soberbia. Hazme humilde para reconocer mis miserias y confiar en tu perdón.

* * *

Cuando aún estaba lejos, lo vio su padre y se compadeció; y corriendo a su encuentro, se le echó al cuello y lo cubrió de besos. Comenzó a decirle el hijo: Padre, he pecado contra el Cielo y contra ti; ya no soy digno de ser llamado hijo tuyo. Pero el padre dijo a sus criados: Pronto, sacad el mejor traje y vestido; ponedle un anillo en la mano y sandalias en los pies; traed el ternero cebado y matadlo, y vamos a celebrarlo con un banquete; porque este hijo mío estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado. Y se pusieron a celebrarlo¹.

¡Qué bueno eres, Señor! Ni una palabra de reprensión, ni una mala mirada, ni un gesto de dureza. Por el contrario, vas corriendo al

¹Lc 15, 20-24.

encuentro de tu hijo, lo abrazas contra tu Corazón y lo cubres de besos.

¡Qué maravilla es tu perdón! ¿Cómo puedo mostrarte mi agradecimiento, Señor? ¿Qué puedo hacer para corresponder a tanto amor?

A partir de ahora quiero poner a tu servicio todas mis energías y servirte con todas mis fuerzas. Estoy en tu Casa; dame el trabajo que quieras. Y verás como, ayudado con tu gracia, te voy a demostrar mi cariño.

Y no me iré nunca más, porque tus besos de Padre han hecho que esté loco de amor.

* * *

El hijo mayor estaba en el campo; al volver y acercarse a casa oyó la música y los cantos y, llamando a uno de los criados, le preguntó qué pasaba. Este le dijo: Ha llegado tu hermano, y tu padre ha matado el ternero cebado por haberle recobrado sano. Se indignó y no quería entrar, pero su padre salió a convencerlo. Él replicó a su padre: Mira cuántos años hace que te sirvo sin desobedecer ninguna orden tuya, y nunca me has dado ni un cabrito para divertirme con mis amigos. Pero en cuanto ha venido ese hijo tuyo que devoró tu fortuna con meretrices, has hecho matar para él el ternero cebado. Pero él le respondió: Hijo, tú siempre estás conmigo, y todo lo mío es tuyo; pero había que celebrarlo y alegrarse, porque ese hermano tuyo estaba muerto y ha vuelto a la vida, estaba perdido y ha sido encontrado¹.

El hijo mayor es el que tal vez no ha dejado nunca la Casa del Padre, pero no lo ama con todo su corazón.

El hijo mayor piensa que es su Padre quien debe estarle agradecido a él por sus servicios. No se da cuenta de que ser hijo de Dios y vivir con Dios es un bien inmerecido por el que debería estar siempre dando gracias.

Además le parece excesiva la misericordia de su Padre. Y le echa en cara, como si se lo tuviese guardado desde hace tiempo, que nunca le dio un cabrito para montar una comida con sus amigos.

¹Lc 15, 25-32.

Echa de menos un cabrito, cuando tiene a su disposición todo el Amor y la hacienda de su Padre: **todo lo mío es tuyo.**

Yo sé, Señor, que puedo llegar a ser otro “hijo mayor”, a pensar que tengo el ridículo derecho a recibir compensaciones por mis servicios y a considerar excesiva tu misericordia con los pecadores que se arrepienten. Por eso te pido que me ayudes a vivir siempre enamorado de Ti, a mantener joven mi corazón, a quererte con el ardor de la primera caridad, de modo que no me convierta nunca en un “cumplidor” mediocre, aburguesado, tibio y sin amor.

* * *

El hijo mayor cumple, pero no ama, y por eso no tiene alegría, no es feliz. El secreto de la alegría es entregarse a Dios y a los demás por amor: «Un corazón alegre -nos dice la Madre Teresa de Calcuta- es el resultado de un corazón que arde de amor.

»Las obras de amor son siempre obras de alegría. No hace falta que busquemos la felicidad: si tenemos amor para los demás, ésta nos será dada. Es el regalo de Dios»¹.

¹Madre Teresa de Calcuta, *Camino de sencillez*, p. 115.

Un joven que no quiso seguir a Cristo

Cuando salía para ponerse en camino, vino uno corriendo y, arrodillado ante él, le preguntó:

-Maestro bueno, ¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna?¹.

Este muchacho sale al encuentro de Jesús para manifestarle una preocupación que todo hombre lleva en el fondo del alma: **¿qué he de hacer para conseguir la vida eterna?**

Dime si existe una preocupación más importante. Todo lo demás tiene un interés muy relativo.

Y nosotros, ¿qué tenemos en la cabeza? ¿Es ésta nuestra verdadera preocupación? ¿O estamos tan “entretenidos” con otros asuntos que no tenemos tiempo para ocuparnos de lo único que de verdad importa? ¿No te parece absurdo esperar a la vejez para preguntarnos entonces si el camino que hemos recorrido era el acertado?

Párate. Detén tu actividad. Necesitas silencio, tiempo y lugar adecuados para pensar y preguntarle a Cristo: Señor, ¿voy por el camino que conduce a la vida eterna?

* * *

Jesús le dijo:

-¿Por qué me llamas bueno? Nadie es bueno sino uno, Dios. Ya conoces los mandamientos: no matarás, no cometerás adulterio, no robarás, no dirás falso testimonio, no defraudarás a nadie, honra a tu padre y a tu madre².

Para alcanzar la vida eterna es necesario cumplir los mandamientos. No hagas caso de esas personas que dicen: “Sí, hay

¹Mc 10, 17.

²Mc 10, 18-19.

que amar a Dios y a los demás, pero el modo concreto de hacerlo depende de la propia conciencia, pues Dios no ha determinado otros mandamientos. Los preceptos que aparecen en la Escritura servían tal vez para aquellos tiempos, pero no para estos”. Se equivocan: **El que acepta mis mandamientos y los guarda** -ha dicho Jesús-, **ése es el que me ama**¹.

El amor a Dios no es cuestión de sentimientos estériles y palabras vacías, sino de querer lo que Él quiere, aunque cueste, aunque no nos guste, aunque haya que ir contra corriente.

¿Cuál es el criterio que rige tu vida: tu voluntad o la de Dios?

* * *

Él respondió:

-Maestro, todo esto lo he guardado desde mi adolescencia.

Y Jesús, fijando en él su mirada, se prendó de él y le dijo:

-Una cosa te falta: anda, vende cuanto tienes y dáselo a los pobres, y tendrás un tesoro en el Cielo; luego ven y sígueme².

Jesús mira a este joven con cariño, con un amor muy especial, con una sonrisa en los labios, y le ofrece un regalo maravilloso: lo invita a seguirle de cerca, como los demás Apóstoles. ¿Qué más podía ambicionar? Ser Apóstol, seguir a Jesús, acompañarle por los caminos del mundo, enamorarse de Él y, después, llevar la salvación y la felicidad a miles de personas.

Hoy, como ayer, Jesús sigue llamando a jóvenes como tú a seguirle de cerca. Porque hoy, como ayer, hay millones de personas que no conocen a Cristo, y hacen falta hombres y mujeres que entreguen su vida para hacer feliz a tantas personas, a una multitud.

Jesús puede llamarte a ti. Y puede hacerlo de muchas maneras: tal vez metiendo en tu corazón una inquietud, o un cierto miedo a esa llamada... Sé generoso. No tengas miedo: si te llama es porque quiere hacerte no desgraciado sino feliz.

«*Si alguno de vosotros siente una llamada a seguirle más de cerca* -nos dice Juan Pablo II-, a dedicarle el corazón entero, como los Apóstoles Juan y Pablo, *que sea generoso*, que no tenga miedo,

¹Jn 14, 21.

²Mc 10, 20-21.

porque no hay nada que temer cuando el premio que espera es Dios mismo, a quien, a veces sin saberlo, todo joven busca»¹.

* * *

Pero él, afligido por estas palabras, se marchó triste, pues tenía muchos bienes².

«Aquel joven “tenía muchos bienes”. *Tenía, sobre todo, como vosotros, una juventud que ofrecer: una vida entera que podía entregar al Señor. ¡Qué alegría si hubiera dicho que sí! ¡Qué maravillas habría podido realizar Dios en un alma generosa que se entrega sin reservas! Pero no, él prefirió “sus bienes”: su tranquilidad, su casa, sus cosas, sus proyectos, su egoísmo. Ante la alternativa de elegir entre Dios y su propio yo, prefirió esto último; y se marchó triste, nos dice el Evangelio. Optó por su propio egoísmo y encontró la tristeza (...). Cuando en vuestro seguimiento a Cristo se os presente la opción entre Él -entre uno de sus mandamientos- y el placer pasajero de algo material y sensible, cuando se os presente la opción entre ayudar al que os necesita y vuestro propio interés, cuando, en definitiva, tengáis que elegir entre el amor y el egoísmo, recordad el ejemplo de Cristo y haced valientemente la opción por el amor. Jóvenes que me escucháis, jóvenes que, sobre todo, queréis saber lo que habéis de hacer para alcanzar la vida eterna (cf. Mt 19, 16): decid siempre que sí a Dios y Él os llenará de su alegría»³.*

Toma hoy, en estos momentos de oración, la firme decisión de no ser egoísta, de no cambiar por unos bienes de la tierra, la invitación de Jesús a seguirle por el camino del Cielo. Sólo con Él serás feliz, y harás felices a los demás.

* * *

Jesús, mirando a su alrededor, dijo a sus discípulos:

-¡Qué difícilmente entrarán en el Reino de Dios los que tienen riquezas!

¹ Juan Pablo II, *Discurso a los jóvenes*, Asunción, Paraguay (8-V-1988).

² Mc 10, 22.

³ Juan Pablo II, *Discurso a los jóvenes*, Asunción, Paraguay (8-V-1988).

Los discípulos quedaron impresionados por sus palabras. Y hablándoles de nuevo, dijo:

-Hijos, ¡qué difícil es entrar en el Reino de Dios! Es más fácil a un camello pasar por el ojo de una aguja que a un rico entrar en el Reino de Dios¹.

Estar apegado a las riquezas o al deseo de tenerlas: eso es lo que impide entrar en el Reino de los Cielos, porque es cambiar a Dios por las cosas de la tierra.

Tal vez pienses que éste no es tu problema, porque no eres un ricachón. De todas formas te invito a hacer examen de tu vida, para que compruebes con valentía si eres rico o pobre:

¿Estás apegado a tus planes? ¿Eres capaz de cambiarlos con alegría para ayudar a otros o por dar gusto a los demás?

¿Estás apegado a tu tiempo? ¿Lo desperdicias, lo pierdes o lo malgastas, como si fuera tuyo y no de Dios? ¿Dedicas tiempo a los demás, a servir a tus padres y hermanos, a tus amigos, a visitar enfermos, a buscar recursos para los necesitados, a enseñar la doctrina cristiana a los niños...?

¿Estás apegado a tu dinero y a tus cosas? ¿Cuántos gastos innecesarios has hecho últimamente? ¿Has dado limosna de tu dinero? ¿Ambicionas poseer cosas como si fueran a hacerte feliz?

¿Estás apegado al proyecto que te has hecho para tu vida? ¿Estarías dispuesto a cambiarlo si Dios te lo pide?

* * *

Y ellos se asombraban aún más diciéndose unos a otros:

-Entonces, ¿quién podrá salvarse?

Jesús, fijándose en ellos, dijo:

-Para los hombres esto es imposible, pero no para Dios; pues para Dios todo es posible.

Comenzó Pedro a decirle:

-Ya ves que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido.

Jesús respondió:

¹Mc 10, 23-25.

-En verdad os digo que no hay nadie que habiendo dejado casa, hermanos o hermanas, o madre o padre, o hijos o campos por mí y por el Evangelio, no reciba en esta vida cien veces más en casas, hermanos, hermanas, madres, hijos y campos, con persecuciones; y, en el siglo venidero, la vida eterna. Porque muchos primeros serán últimos, y muchos últimos serán primeros¹.

Cien veces más en esta vida. Es verdad. Jesús no engaña. Si dejamos por Él y por el Evangelio -como los Apóstoles- la posibilidad de formar una familia, nos premia ya en esta vida con muchos "hijos" de nuestro apostolado: personas que arrastraremos a Dios. Y además, nos llena el corazón con una alegría inmensa, que no cambiaríamos por nada.

* * *

No podemos olvidarnos de lo que acompaña al premio que Jesús promete: las **persecuciones**.

Si nos decidimos a seguir a Cristo, nos encontraremos con gente en contra: burlas, críticas injustas, desprecios, calumnias...

Pero como ya nos lo ha anunciado Jesús, no debemos inquietarnos cuando suceda, sino agradecerle, como un gran favor, que nos permita sufrir un poco por Él, para ayudarle a salvar a la humanidad entera.

¹Mc 10, 26-31.

18

El tiempo para caminar es breve

Estamos sentados alrededor de Jesús. De modo sencillo, nos va enseñando cómo debemos caminar para llegar al Reino de los Cielos.

-Es también como un hombre que al marcharse de su tierra llamó a sus servidores y les entregó sus bienes. A uno le dio cinco talentos, a otro dos y a otro uno sólo: a cada uno según su capacidad; y se marchó¹.

Dios nos da a cada uno unos talentos: vida, salud, inteligencia, voluntad, corazón, bienes materiales, personas que nos ayudan... Todo lo que tenemos es de Dios, no nuestro.

Por tanto, todo lo que tenemos, todo, debe ser para Dios y para su gloria; para servir a Dios y a los demás, no a nuestra vanidad y nuestro egoísmo, convirtiendo nuestro yo en un ídolo.

Esto nos parece lógico. Pero, en la práctica ¿somos coherentes con esta verdad? ¿No es cierto que a veces actuamos como si todo lo que tenemos fuese nuestro, algo de lo que tenemos derecho a aprovecharnos para realizar nuestros planes, sin contar con los planes de Dios?

* * *

-El que había recibido cinco talentos fue inmediatamente y se puso a negociar con ellos y llegó a ganar otros cinco. Del mismo modo, el que había recibido dos ganó otros dos².

Hemos recibido los talentos para negociar con ellos, para ponerlos al servicio de Dios y de los demás. Por eso, no tenemos tiempo que perder. Desde la mañana hasta la noche hemos de estar ocupados, trabajando, sirviendo, ayudando, entregándonos a nuestros hermanos.

¹Mt 25, 14-15.

²Mt 25, 16-17.

El descanso también es necesario, pero no consiste en estar ocioso, sino en cambiar de ocupación, en realizar actividades que exigen menos esfuerzo.

Examina tu conducta:

¿Aprovechas bien el tiempo de trabajo, de estudio? ¿Lo haces por amor a Dios, o por amor a ti mismo, que es otra manera de perder el tiempo?

¿Descansas haciendo cosas útiles, o tu descanso consiste en ponerte delante del televisor a ver si algo te divierte? ¿O en matar las horas en la terraza de un café o en la discoteca de moda?

* * *

-Pero el que había recibido uno fue, cavó en la tierra y escondió el dinero de su señor. Después de mucho tiempo, regresó el amo de dichos servidores e hizo cuentas con ellos¹.

Ese momento llegará para cada uno de nosotros el día que Jesucristo nos juzgue. ¿Cuánto tiempo falta? No lo sabemos. Puede ser unas horas o cuarenta años. En todo caso, hemos de vivir como si cada día fuese el único que tenemos para servirle.

Imagínate que hoy es tu último día en la tierra (¿alguien te puede garantizar lo contrario?). ¿Cómo lo vivirías?

* * *

«Verdaderamente es corto nuestro tiempo para amar, para dar, para desagrar. No es justo, por tanto, que lo malgastemos, ni que tiremos ese tesoro irresponsablemente por la ventana: no podemos desbaratar esta etapa del mundo que Dios confía a cada uno»².

¿Somos responsables y aprovechamos el tiempo?

¿Qué le responderemos a Dios cuando nos pregunte cómo hemos empleado el tiempo que nos dio para amar, para cambiar el mundo?

¹Mt 25, 18-19.

²San Josemaría Escrivá, *Amigos de Dios*, n. 39.

* * *

-Llegado el que había recibido los cinco talentos, presentó otros cinco diciendo: Señor, cinco talentos me entregaste, he aquí otros cinco que he ganado. Le respondió su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu señor. Llegado también el que había recibido los dos talentos, dijo: Señor, dos talentos me entregaste, he aquí otros dos que he ganado. Le respondió su amo: Muy bien, siervo bueno y fiel; puesto que has sido fiel en lo poco, yo te confiaré lo mucho: entra en el gozo de tu señor¹.

Si somos fieles en lo poco, en el pequeño deber de cada día, Dios nos confiará lo mucho, nos dará la felicidad del Cielo para siempre.

¿Te das cuenta del valor que puede tener cada momento? ¡Un valor de eternidad!

¿Te das cuenta de que perder el tiempo es despreciar un regalo que Dios te da para que con él te ganes la Vida que no acaba nunca?

* * *

-Llegado por fin el que había recibido un talento, dijo: Señor, sé que eres hombre duro, que cosechas donde no sembraste y recoges donde no esparciste; por eso tuve miedo, fui y escondí tu talento en tierra: aquí tienes lo tuyo. Le respondió su amo, diciendo: Siervo malo y perezoso, sabías que cosecho donde no he sembrado y recojo de donde no he esparcido; por eso mismo debías haber dado mi dinero a los banqueros, y así, al venir yo, hubiera recibido lo mío junto con los intereses. Por lo tanto, quitadle el talento y dáselo al que tiene diez.

Porque a todo el que tenga se le dará y abundará; pero a quien no tiene, aun lo que tiene se le quitará. En cuanto al siervo inútil, arrojadlo a las tinieblas exteriores: allí será el llanto y el rechinar de dientes².

¹Mt 25, 20-23.

²Mt 25, 24-30.

El perezoso, el poltrón, el vago, aparentemente no hace nada malo, pero tampoco hace nada bueno, y Jesús reprueba su conducta. Ha perdido la oportunidad de servir a Dios y a los demás. En realidad, se ha dedicado a servir a su egoísmo.

Es importante que seamos conscientes de la grandeza de la misión que tenemos que realizar en esta vida: Dios ha puesto en nuestras manos el mundo entero para que lo llevemos a Él.

Pero no esperes al día de mañana para hacer algo útil. Aprovecha el hoy, como si fuese único, luchando para ser otro Cristo.

* * *

No podemos olvidar que el talento más importante que Dios nos ha dado es la luz de la fe. Y con esa luz tenemos que iluminar el mundo: **Vosotros sois la luz del mundo. No puede ocultarse una ciudad situada en lo alto de un monte; ni se enciende una luz para ponerla debajo de un celemin, sino sobre un candelero a fin de que alumbre a todos los de la casa. Alumbre así vuestra luz ante los hombres, para que vean vuestras buenas obras y glorifiquen a vuestro Padre que está en los Cielos¹.**

Luz para iluminar, no para esconderla, por comodidad o cobardía.

Si estamos unidos a Cristo por la oración y los sacramentos, si luchamos por imitar a Cristo en nuestra vida ordinaria, necesariamente influiremos en los demás con el ejemplo y la palabra: «No digas: “No puedo influir en los demás”, pues si eres cristiano de verdad es imposible que no lo puedas hacer (...). Es más fácil que el sol no luzca ni caliente que no que deje de dar luz un cristiano; más fácil que esto sería que la luz fuera tinieblas (...). Si ordenamos bien nuestra conducta, todo lo demás seguirá como consecuencia natural. No puede ocultarse la luz de los cristianos; no puede ocultarse una lámpara tan brillante»².

¹Mt 5, 14-16.

²San Juan Crisóstomo, *In Acta Apostolorum*, Homilía 20.

El Alimento para el camino

Mientras cenaban, Jesús tomó pan y, pronunciada la bendición, lo partió y, dándoselo a sus discípulos, dijo:

-Tomad y comed; esto es mi Cuerpo.

Y, tomando el cáliz y habiendo dado gracias, se lo dio diciendo:

-Bebed todos de él; porque ésta es mi Sangre de la nueva alianza, que es derramada por muchos para remisión de los pecados¹.

Jesús sabe que tras su muerte y resurrección, tiene que volver al Padre. Pero nos quiere tanto que desea quedarse con nosotros: **Son mis delicias** -nos dice- **estar con los hijos de los hombres².**

Y se queda en la Eucaristía, bajo las apariencias de pan y de vino. No se quiso conformar con dejarnos un recuerdo. Quiso quedarse Él mismo.

Señor, me parece que soy poco coherente con mi fe. Creo que estás en la Eucaristía con tu Cuerpo, Sangre, Alma y Divinidad, por amor a mí. Eres Tú, el mismo que nació en Belén y murió en la Cruz... Y creyendo esto, apenas voy a estar contigo para hacerte un rato de compañía, para hablarte, para contarte mis preocupaciones, para pedirte ayuda...

Haz un propósito firme: visitar a Jesús todos los días en el Sagrario, para adorarlo, para desagraciarlo por tantas ofensas como se cometen, para acompañarlo unos minutos y mantener con Él una conversación íntima, y decirle palabras de amor...

* * *

¹Mt 26, 26-28

²Prov 8, 31.

Considera cómo quiso quedarse: bajo las apariencias de pan y de vino. Más humillación no es posible. Todo un Dios se encierra, por amor a nosotros, en un sagrario que, por muy rico que sea, no deja de ser una caja oscura. Así, en la Eucaristía, Jesús nos enseña a ser humildes por amor.

Nosotros, que queremos amar a Dios, ¿estamos dispuestos a que nos humillen, nos critiquen o nos desprecien por ser cristianos?

Nosotros, que queremos ser otros Cristos, ¿sabemos humillarnos para servir a todos?

* * *

En verdad, en verdad os digo que si no coméis la carne del Hijo del Hombre y no bebéis su sangre, no tendréis vida en vosotros¹.

Algunos cristianos se conforman con recibir a Jesús en la Eucaristía muy de tarde en tarde. Y después se extrañan de su debilidad para seguir a Cristo, o se quejan diciendo que la doctrina de la Iglesia es demasiado exigente...

¿Qué pensarías si te encontraras con un caminante extenuado, tumbado en la cuneta, con la mochila repleta de alimentos, que lleva tres días de viaje sin probar bocado (¡hay tantas cosas que hacer, no tengo tiempo...!), y que se extrañase de su debilidad o le echase la culpa de su agotamiento a las dificultades del camino?

Pues hay cristianos que actúan de la misma manera: tienen tantas cosas que hacer que no encuentran tiempo para recibir la Eucaristía, el Alimento imprescindible para la vida del alma, el «pan de nuestra peregrinación»².

Para estar sanos de espíritu, para vencer las tentaciones, para recorrer el camino de la santidad sin cansarnos, y llegar al final, tenemos que alimentarnos con el Cuerpo y la Sangre de Jesucristo.

¿Vas a recibirlo con frecuencia?

¿No podrías recibirlo todos los días?

* * *

¹Jn 6, 53.

²*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1392.

No podemos conformarnos con “ir a Misa”. Tenemos que participar en la Misa, vivir la Misa.

¿Cómo? Haciendo nosotros lo que hace Cristo. En la Misa, como en el Calvario, Cristo se ofrece a Dios Padre por todos los hombres.

Nosotros tenemos que ofrecer con Cristo, a Dios Padre, por todos los hombres, nuestra vida, nuestro cuerpo y nuestra alma, nuestros pensamientos, palabras y obras, todo lo que somos y tenemos.

Y después, alimentados y fortalecidos con el Cuerpo y la Sangre de Cristo, saldremos a la calle para hacer realidad, a lo largo del día, el ofrecimiento que hemos hecho en la Misa.

De esta manera, la Misa será para nosotros no una cosa más, sino -como nos enseña la Iglesia- «fuente y cima de toda la vida cristiana»¹.

* * *

Cuando vamos a comulgar, ¿cómo nos preparamos? La Virgen Santísima fue hecha Inmaculada, sin mancha, para recibir a Jesús en su seno. Nosotros somos pecadores, y podemos recibirlo todos los días...

«Para responder a esta invitación -dice el *Catecismo de la Iglesia Católica*-, debemos *prepararnos* para este momento tan grande y santo. S. Pablo exhorta a un examen de conciencia: “*Quien coma el pan o beba el cáliz del Señor indignamente, será reo del Cuerpo y de la Sangre del Señor. Examínese, pues, cada cual, y coma entonces del pan y beba del cáliz. Pues quien come y bebe sin discernir el Cuerpo, come y bebe su propio castigo*” (1 Co 11, 27-29). Quien tiene conciencia de estar en pecado grave debe recibir el sacramento de la Reconciliación antes de acercarse a comulgar»².

Los pecados veniales, en cambio, no nos impiden comulgar. Pero tenemos que esmerarnos -como se esmeran los enamorados- para recibir al Señor -nuestro Dios, nuestro Amor- lo mejor que podamos.

¹Concilio Vaticano II, Constitución dogmática *Lumen Gentium*, n. 11.

²*Catecismo de la Iglesia Católica*, n. 1385.

Debemos prepararnos como si fuese la primera y la última vez en toda nuestra vida que podemos recibirlo.

* * *

Si recibimos a Cristo, tenemos que luchar por vivir como Cristo. «Si hemos sido renovados con la recepción del Cuerpo del Señor - nos dice San Josemaría-, hemos de manifestarlo con obras. Que nuestros pensamientos sean sinceros: de paz, de entrega, de servicio. Que nuestras palabras sean verdaderas, claras, oportunas; que sepan consolar y ayudar, que sepan, sobre todo, llevar a otros la luz de Dios. Que nuestras acciones sean coherentes, eficaces, acertadas: que tengan ese *bonus odor Christi* (2 Cor II, 15), el buen olor de Cristo, porque recuerden su modo de comportarse y de vivir»¹.

Los que nos conocen y nos tratan, ¿pueden reconocer en nosotros a una persona que se alimenta con el Cuerpo de Cristo ?

* * *

En la Última Cena, Jesús no sólo instituye el Sacramento de la Eucaristía, sino también el del Orden sacerdotal. San Lucas recoge las palabras del Señor con las que da a los Apóstoles el poder de “hacer” la Eucaristía, que es la misión más importante del sacerdote: **Y tomando pan, dio gracias, lo partió y se lo dio diciendo:**

-Esto es mi cuerpo, que es entregado por vosotros. Haced esto en memoria mía².

¿Veneras a los sacerdotes? ¿Rezas por ellos para que sean santos? ¿Pides a Dios que nos dé más sacerdotes santos y llenos de deseos de salvar a todas las almas?

¹San Josemaría Escrivá, *Es Cristo que pasa*, n. 156.

²Lc 22, 19.

Camino del Calvario

Después de la Cena, **llegó Jesús con ellos a una finca llamada Getsemaní, y dijo a los discípulos:**

-Sentaos aquí mientras voy allá a orar.

Y llevándose a Pedro y a los dos hijos de Zebedeo, empezó a entristecerse y a sentir angustia. Entonces les dijo:

-Mi alma está triste hasta la muerte. Quedaos aquí y velad conmigo.

Y adelantándose un poco, se postró rostro en tierra mientras oraba diciendo:

-Padre mío, si es posible, que pase de mí este cáliz; pero no sea como yo quiero, sino como quieras Tú¹.

Jesús se dirige con confianza a su Padre. Le manifiesta su inmenso dolor, pero, por encima de todo, quiere lo que el Padre quiera. Su voluntad es hacer la voluntad de Dios.

También a nosotros nos cuesta a veces cumplir lo que Dios nos pide. Habitualmente se trata de cosas pequeñas, como vencer la pereza para trabajar o para servir a los demás. Otras veces son cosas más costosas, como aceptar una grave enfermedad o la muerte de alguien a quien queremos mucho.

Cristo nos indica el camino a seguir: acudir confiadamente a la oración y pedir ayuda a nuestro Padre Dios para aceptar su voluntad: **Pero no sea como yo quiero, sino como quieras Tú.**

De la oración sacaremos la fuerza que necesitamos para superar todos los obstáculos del camino: **Velad y orad para no caer en tentación²**, advierte Jesús a sus discípulos cuando los encuentra dormidos.

* * *

¹Mt 26, 36-39.

²Mt 26, 41.

Todavía estaba hablando, cuando llegó Judas, uno de los doce, acompañado de un gran gentío con espadas y palos, enviados por los príncipes de los sacerdotes y ancianos del pueblo. El traidor les había dado esta señal: Aquel a quien yo bese, ése es: prendedlo. Y al momento se acercó a Jesús y dijo:

-Salve, Rabí.

Y le besó. Pero Jesús le dijo:

-Amigo ¡a lo que has venido!

Entonces, acercándose echaron mano a Jesús y le prendieron¹.

¡Cuánto debió doler a Jesús la traición del amigo, uno de los suyos, un hombre al que había elegido para ser Apóstol!

Y nosotros, amigos de Dios, hijos de Dios, ¿cuántas veces hemos traicionado a Jesús y le hemos ofendido?

Con las palabras del salmo, podría también decirnos a nosotros:

**Si un enemigo me ultrajara, yo lo soportaría;
si un adversario se alzara contra mí, de él me
escondería,
pero eres tú, un hombre de los míos,
mi familiar, mi amigo íntimo;
nos intercambiábamos dulces confidencias,
íbamos muy unidos a la casa de Dios².**

A pesar de todo, Jesús nos llama amigos, está siempre dispuesto a perdonarnos, por muchos y graves que hayan sido nuestros pecados. Tal vez, más que la traición, lo que le dolió a Jesús fue que Judas no confiase en su misericordia.

* * *

¹Mt 26, 47-50.

²Ps 55, 13-15.

El Juez Supremo se somete al juicio de los hombres: interrogatorios humillantes, testigos falsos, acusaciones injustas...

De nuevo el Sumo Sacerdote le preguntaba y le decía:

-¿Eres tú el Mesías, el Hijo del Bendito?

Jesús respondió:

-Yo soy, y veréis al Hijo del Hombre sentado a la diestra del Poder, y venir sobre las nubes del cielo.

El Sumo Sacerdote, rasgando sus vestiduras, dijo:

-¿Qué necesidad tenemos ya de testigos? Habéis escuchado la blasfemia; ¿qué os parece?

Todos ellos sentenciaron que era reo de muerte.

Y algunos empezaron a escupirle, a taparle la cara, a golpearle y a decirle: Adivina; y los criados le recibieron a bofetadas¹.

Jesús, aun sabiendo que eso le acarreará la muerte, dice la verdad sobre sí mismo.

El cristiano de hoy es también interrogado por los hombres que le rodean: ¿Eres tú hijo de Dios?

Y los hombres esperan nuestra respuesta. Los que conviven con nosotros esperan que, con nuestra conducta y nuestras palabras, digamos valientemente la verdad sobre nosotros mismos: Sí, soy cristiano, soy hijo de Dios, soy discípulo de Cristo.

¿Estamos dispuestos a manifestar nuestra condición de hijos de Dios, sin importarnos qué dirán, sin temor a que nos marginen, sin miedo al desprecio? **A todo el que me confiese delante de los hombres, también yo le confesaré delante de mi Padre que está en los Cielos²...**

Hacen falta cristianos sin complejos, valientes, decididos, optimistas, audaces, que arrastren con su ejemplo y su palabra, y que estén dispuestos, si es preciso, a recibir bofetadas por amor a Cristo.

* * *

¹Mc 14, 61-65

²Mt 10, 32.

Habían encendido fuego en medio del atrio y estaban sentados alrededor. Pedro estaba sentado en medio de ellos. Una criada, al verlo sentado a la lumbre, fijándose en él dijo:

-También éste estaba con él.

Pero él lo negó, y dijo:

-No lo conozco, mujer.

Al poco tiempo viéndolo otro dijo:

-Tú también eres de ellos.

Pero Pedro replicó:

-Hombre, no lo soy.

Y pasada como una hora, otro aseguró:

-Cierto, éste estaba con él, pues también es galileo.

Y dijo Pedro:

-No sé, hombre, lo que dices ¹.

¡Qué contraste! Hace sólo unas horas, Pedro le decía a Jesús: **Aunque tenga que morir contigo, jamás te negaré²**. Ahora, en cambio, atemorizado por unos criados, lo niega tres veces.

Lo mismo nos sucederá a nosotros si confiamos únicamente en nuestras fuerzas. Sin la ayuda de Dios no podemos nada. Si Él nos deja de su mano somos capaces de los mayores pecados. Por eso, haz el propósito de desconfiar de ti y confiar en Dios. Ante cualquier tentación, ante cualquier obra buena que te propongas, lo primero es pedir a Dios la ayuda de su gracia.

Y al instante, estando todavía hablando, cantó un gallo. El Señor se volvió y miró a Pedro. Y recordó Pedro las palabras que el Señor le había dicho: Antes que el gallo cante hoy, me habrás negado tres veces. Salió fuera y lloró amargamente ³.

Pedro supo llorar su pecado. Reconoció humildemente que había ofendido a Jesús, confió en el cariño del Señor y consiguió su perdón. Y llegó a ser la piedra firme sobre la que Cristo edificó su Iglesia.

Por grandes que hayan sido nuestros pecados, si somos humildes y pedimos perdón, aún podemos ser buenos hijos de Dios, hijos en los que se puede apoyar para hacer cosas grandes en la

¹Lc 22, 55-60.

²Mt 26, 35.

³Lc 22, 60-62.

tierra. No podemos desconfiar jamás del amor, la bondad y el poder de nuestro Padre Dios.

* * *

Las autoridades religiosas llevan a Jesús ante la autoridad civil para que decreta su sentencia de muerte. El proceso es largo y doloroso.

Pilato sabe que Jesús es inocente: **Yo no encuentro en él ninguna culpa**¹.

Tiene poder para soltarlo y poder para crucificarlo².

Pero a Pilato no le interesa la justicia ni la verdad: **¿Qué es la verdad?**³, le pregunta a Jesús, sin esperar respuesta. A Pilato le interesa su seguridad y su prestigio. Quiere quedar bien con todos, para que nadie le mueva de su trono.

Intenta una solución de compromiso. Pero la masa, bien manipulada por unos pocos, se impone:

-¡Crucifícalo!

Pilato, queriendo contentar a la muchedumbre, les soltó a Barrabás; y a Jesús, después de haberlo hecho azotar, lo entregó para que fuera crucificado⁴.

Y se lava las manos: también quiere quedar bien con su conciencia.

Cuando debo defender la verdad, cuando debo dar testimonio de Cristo, con mi vida y mi palabra, y callo, y tal vez incluso disimulo mi condición de cristiano para no quedar mal con nadie, y trato de lavar mi conciencia con falsos argumentos, ¿no estoy representando de nuevo el triste papel de Pilato?

No podemos servir a dos señores. Cuesta quedar mal, sobre todo si eso lleva consigo la pérdida de amistades, de fama, de prestigio, de dinero... Pero si queremos agradar a Dios por encima de todo, tenemos a veces que estar dispuestos a desagradar a los hombres.

¹Jn 18, 38.

²Cfr. Jn 19, 10.

³Jn 18, 38.

⁴Mc 15, 15.

¿Estamos decididos a perderlo todo, hasta la vida, por amor a Jesús?

* * *

Entonces los soldados del procurador llevaron a Jesús al pretorio y reunieron en torno a él a toda la cohorte. Le desnudaron, le pusieron una túnica roja y, trenzando una corona de espinas, se la pusieron en la cabeza, y en su mano derecha una caña; se arrodillaban ante él y se burlaban diciendo:

-Salve, Rey de los Judíos.

Le escupían y, quitándole la caña, le golpeaban en la cabeza ¹.

Contemplamos al Dios hecho Hombre. Vemos cómo se entrega sin resistencia a los tormentos y al ridículo.

¿Por qué todo esto, Jesús?, le preguntamos.

Por amor al Padre y por amor a ti, podría respondernos a cada uno. Por amor al Padre, al que tú has ofendido. Y por amor a ti, porque te quiero tanto que he querido padecer Yo el castigo que tú merecías por tus pecados.

El amor que Cristo nos demuestra, ¿no es suficiente para que, de una vez por todas, tomemos la decisión radical de entregarle nuestra vida?

* * *

Tomaron, pues, a Jesús; y él, con la cruz a cuestas, salió hacia el lugar llamado de la Calavera, en hebreo Gólgota ².

Mientras contemplamos a Jesús con la Cruz a cuestas, vienen a nuestra memoria sus palabras: **Si alguno quiere venir en pos de mí, niéguese a sí mismo, tome su cruz y sígame³.**

Tomamos la Cruz cuando luchamos por hacer cada día lo que Dios quiere de nosotros, cuando nos esforzamos por realizar con

¹Mt 27, 27-30.

²Jn 19, 16-17.

³Mc 8, 34.

perfección nuestro trabajo, cuando llevamos con alegría las contrariedades, cuando nos olvidamos de nosotros mismos y nos preocupamos de hacer la vida agradable a los demás, cuando somos amables a pesar del cansancio...

Morir con Cristo

Cuando le llevaban echaron mano de un tal Simón de Cirene, que venía del campo, y le cargaron la cruz para que la llevara detrás de Jesús ¹.

Simón de Cirene se encuentra con la Cruz de Jesús sin buscarla, pero no la rechaza. La pone sobre sus hombros y la lleva en pos del Señor.

En nuestra vida, la Cruz aparece muchas veces sin que la busquemos: son las contrariedades imprevistas, los disgustos inesperados, las enfermedades...

Si tratamos de recibir todo eso con alegría, sin quejas, estamos dejando que el Espíritu Santo nos vaya haciendo más parecidos a Cristo, estamos ayudando a Jesús a llevar su Cruz, estamos colaborando con Él en la salvación del mundo: nos convertimos en corredores con Cristo.

¿Cómo reacciono ante la Cruz que me encuentro cada día en mi camino?

* * *

Le seguía una gran multitud del pueblo y de mujeres, que lloraban y se lamentaban por él. Jesús, volviéndose a ellas, les dijo:

-Hijas de Jerusalén, no lloréis por mí, llorad más bien por vosotras mismas y por vuestros hijos, porque he aquí que vienen días en que se dirá: dichosas las estériles y los vientres que no engendraron y los pechos que no amamantaron.

Entonces comenzarán a decir a los montes: caed sobre nosotras; y a los collados: sepultadnos; porque si en el leño verde hacen esto, ¿qué se hará en el seco? ².

¹Lc 23, 26.

²Lc 23, 27-31.

Jesús invita a aquellas mujeres a llorar por los pecados, que son la causa de los sufrimientos de Cristo.

A veces nos lamentamos y nos quejamos de cosas que, bien miradas, tienen poca importancia. Lo que de verdad debe causarnos dolor son nuestros pecados, las ofensas a Dios que hemos cometido, el bien que hemos dejado de hacer por pereza o cobardía, y los pecados de todos los hombres.

Tenemos que pedirle a Jesús que nos dé un corazón como el suyo, y el dolor de amor por haberle ofendido tanto.

* * *

Cuando llegaron al lugar llamado Calvario, le crucificaron allí a él y a los ladrones, uno a la derecha y otro a la izquierda ¹.

Ya está Jesús clavado en la Cruz por amor a mí. Me quiere tanto, desea tanto mi salvación, que no harían falta los clavos: le basta el amor que me tiene para estar sujeto al madero.

Jesús: quiero contemplarte despacio clavado en la Cruz, y quiero darte las gracias. Gracias por tu infinito amor, tan mal correspondido. Sé que no era necesario tanto sufrimiento para salvarme. Pero Tú, un Loco de Amor, quisiste padecer todo eso para demostrarme lo mucho que me quieres. Gracias, Jesús, por todo lo que has hecho por mí.

Ahora... ¿qué voy a hacer yo por Ti?

* * *

Uno de los ladrones crucificados le injuriaba diciendo:

-¿No eres tú el Cristo? Sálvate a ti mismo y a nosotros.

Pero el otro le reprendía:

-¿Ni siquiera tú que estás en el mismo suplicio temes a Dios? Nosotros, en verdad, estamos merecidamente, pues recibimos lo debido por lo que hemos hecho; pero éste no hizo mal alguno.

Y decía:

¹Lc 23, 33.

-Jesús, acuérdate de mí, cuando llegues a tu Reino.

Y le respondió:

-En verdad te digo: hoy estarás conmigo en el Paraíso ¹.

El buen ladrón reconoce sus pecados. Ésta es la primera condición para conseguir el perdón de Jesús. Nosotros, en cambio, cuántas veces justificamos nuestra mala conducta echando la culpa a las circunstancias, al ambiente, a los demás... Nos resistimos a admitir que actuamos mal, que somos egoístas, perezosos, soberbios...

El buen ladrón pide a Jesús que se acuerde de él. Pide sólo un recuerdo... Y Jesús le promete el Cielo para ese mismo día. ¡Qué deseos tan grandes tiene Jesús de perdonar, de llevarnos a la Gloria! Sólo espera de nosotros la fe en Él y la humildad de reconocernos pecadores.

Con la humildad robamos el Corazón a Cristo.

* * *

Estaban junto a la cruz de Jesús su madre y la hermana de su madre, María de Cleofás, y María Magdalena.

Jesús, viendo a su madre y al discípulo a quien amaba, que estaba allí, dijo a su madre:

-Mujer, he ahí a tu hijo.

Después dice al discípulo:

-He ahí a tu madre.

Y desde aquel momento el discípulo la recibió en su casa ².

En la Cruz, Jesús nos ha convertido en hermanos suyos, en hijos de Dios. Por eso, al darle a su Madre a San Juan -en quien estamos representados todos los hombres y mujeres-, nos la da como Madre nuestra.

Al pie de la Cruz, María nos engendró con dolor, con su obediencia a la voluntad de Dios: somos sus hijos.

San Juan la recibió en su casa y en su corazón.

¹Lc 23, 39-43.

²Jn 19, 25-27.

Nosotros, ¿tenemos a María en nuestro corazón? ¿La tratamos con el cariño con que se trata a una madre?

* * *

Después de esto, sabiendo Jesús que todo estaba ya consumado, para que se cumpliera la Escritura, dijo:

-Tengo sed.

Había allí un vaso lleno de vinagre. Sujetaron una esponja empapada en el vinagre a una caña de hisopo y se la acercaron a la boca.

Jesús, cuando probó el vinagre, dijo:

-Todo está consumado.

E inclinando la cabeza entregó el espíritu¹.

La muerte de Cristo parece a los ojos humanos el mayor de los fracasos. Sin embargo, fue el mayor de los triunfos. Jesús, con su muerte, nos consigue de Dios el perdón de los pecados, nos hace hijos de Dios, nos abre la puerta del Cielo, de la felicidad eterna.

A partir de ahora, el sufrimiento, el dolor y la muerte no son algo sin sentido: se han convertido en medio de salvación.

A los ojos humanos, mi vida cristiana, de entrega y sacrificio, puede parecer un fracaso, una absurda locura. Pero en realidad es el camino para la Vida.

* * *

José de Arimatea, que era discípulo de Jesús, aunque ocultamente por temor a los judíos, rogó a Pilato que le dejara retirar el cuerpo de Jesús. Y Pilato se lo permitió. Vino, pues, y retiró su cuerpo. Nicodemo, el que había ido antes a Jesús de noche, vino también trayendo una mezcla de mirra y áloe, como de cien libras. Tomaron el cuerpo de Jesús y lo envolvieron en lienzos, con los aromas, como es costumbre dar sepultura entre los judíos. En el lugar donde fue crucificado había un huerto, y en el huerto un sepulcro nuevo en el que todavía no había sido

¹Jn 19, 28-30.

sepultado nadie. Como era la Parasceve de los judíos y el sepulcro estaba cerca, pusieron allí a Jesús ¹.

José de Arimatea y Nicodemo eran discípulos ocultos del Maestro. Pero ahora, cuando casi todos sus amigos han huido, dan ante Pilato la cara por Jesús, retiran piadosamente de la Cruz el Cuerpo muerto de Cristo, y le dan sepultura.

Señor: quiero tener valentía para dar la cara por Ti cuando el ambiente esté en contra. Es muy fácil decir que soy cristiano cuando por eso me aplauden. Pero cuando, por ser discípulo tuyo, los demás se burlan, se ríen y me desprecian o me atacan del modo que sea, entonces... Haz que te ame de veras, para serte siempre leal, siempre fiel.

José y Nicodemo ponen el Cuerpo de Jesús en el regazo de la Santísima Virgen, y Ella lo recibe entre sus brazos, y lo besa con todo su cariño de Madre, y lo mira despacio: ¡Qué diferencia entre el Niño de Belén y este Jesús destrozado y muerto!

María, con los ojos llenos de lágrimas, nos mira y nos dice: "Hijos míos, mirad a Jesús. ¿Verdad que ya no le ofenderéis más?".

Y nosotros, ¿qué le diremos a María?

¹Jn 19, 38-42.

Resucitar con Cristo

Pasado el sábado, al alborear el día primero de la semana, fueron María Magdalena y la otra María a ver el sepulcro. Y he aquí que se produjo un gran terremoto, pues un ángel del Señor descendió del Cielo y, acercándose, removió la piedra y se sentó sobre ella. Su aspecto era como de relámpago y su vestidura blanca como la nieve. Llenos de miedo, los guardias se aterrorizaron y se quedaron como muertos. El ángel tomó la palabra y dijo a las mujeres:

-No temáis vosotras; ya sé que buscáis a Jesús, el crucificado. No está aquí, porque ha resucitado como había dicho. Venid, ved el sitio donde estaba puesto. Marchad enseguida y decid a sus discípulos que ha resucitado de entre los muertos; irá delante de vosotros a Galilea: allí le veréis. Mirad que os lo dije¹.

¡Cristo ha resucitado!

Ésta es la Verdad que hemos de anunciar al mundo entero: ¡Cristo resucitado! Nuestra Vida, que es Cristo, no acaba en el sepulcro. Nuestro Camino, que es Cristo, nos lleva a la vida eterna.

La resurrección de Cristo es el centro de nuestra fe. Pues si Él no hubiese resucitado, nuestra fe sería vana, y los cristianos seríamos los más desgraciados de los hombres².

En nuestro modo de vivir, de trabajar, de tratar a los demás, de divertirnos, de sonreír, ¿se nota que creemos que Cristo vive y que esperamos vivir eternamente con Él?

¿No te parece que en nuestros pensamientos y acciones tiene que reflejarse lo que creemos?

Tiene que ser tal nuestra alegría que los demás se sientan inclinados a preguntarnos: ¿Qué te pasa? ¿Cuál es la causa de tu optimismo y de tu paz?

¹Mt 28, 1-7.

²Cfr. 1 Cor 15, 14-18.

Si no es así, tenemos que pedirle al Señor con San Agustín: «Resucítame, para que tu doctrina se extienda por mí al mundo entero»¹.

* * *

Si algún día vas a la Catedral de Santiago, podrás admirar el Pórtico de la Gloria. En el tímpano central está representado Cristo triunfante, Rey del Universo.

Pero fíjate que en sus manos y en su costado nos muestra las señales de los clavos, y que a ambos lados, unos ángeles nos enseñan los instrumentos de su pasión y muerte: la columna, la lanza, la cruz...

De este modo, el maestro Mateo nos ha dejado esculpida una verdad fundamental de la vida cristiana que san Pablo resume así: **Si morimos con él, también viviremos con él; si perseveramos, también reinaremos con él**².

Después de la pasión y muerte, la resurrección.

Si al final de nuestro camino queremos resucitar con Cristo, si queremos vivir para siempre en el Cielo, tenemos que morir con Cristo.

¿Y qué es morir con Cristo? En pocas palabras: luchar por hacer en todo la voluntad de Dios y no la nuestra.

* * *

Ellas partieron al instante del sepulcro con temor y gran alegría, y corrieron a dar la noticia a los discípulos. De pronto Jesús les salió al encuentro y les dijo:

-Alegraos.

Ellas se acercaron, abrazaron sus pies y le adoraron. Entonces Jesús les dijo:

-No temáis; id y anunciad a mis hermanos que vayan a Galilea: allí me verán³.

¹San Agustín, *In Ioann. Ev.*, 105, 1.

²2 Tim 2, 11-12.

³Mt 28, 8-10.

Alégrate, porque Cristo ha muerto y resucitado para que tú vivas eternamente.

Alégrate, porque eres hijo de Dios.

Alégrate, porque eres querido, amado con locura por tu Padre Dios.

Alégrate, porque después de esta breve vida te espera el Cielo para siempre.

Alégrate, porque Cristo te ha llamado a colaborar con Él en la salvación de los hombres.

Alégrate, porque la Madre de Dios es también Madre tuya, y no te pierde de vista ni un instante.

Y si estás triste porque vives alejado de Dios, alégrate también, porque Él te espera con los brazos abiertos en el sacramento de la Penitencia, para darte la Vida.

* * *

Los cristianos no somos discípulos de un muerto. Cristo vive ahora y siempre, en el Cielo y en la Eucaristía, y en nuestra alma en gracia. Nos ve, nos oye, viene a unirse a nosotros en la Comunión, nos perdona en el sacramento de la Reconciliación... Su poder no se ha empequeñecido. Es Rey del Universo y Señor de señores. Y es mi Amor, mi mejor Amigo.

Todo esto es verdad...

Lo que parece mentira es que no tenga más fe en Ti, Jesús, que todavía tenga miedo a hablar de Ti a mis amigos, que esté apoltronado y tibio, mientras otros se mueven extendiendo el mal por el mundo, por este mundo que Tú has conquistado y has dado a tus hijos para que lo hagamos cristiano.

Jesús, ¡haz que despierte de una vez!

* * *

Cristo vive en el Cielo, vive en la Iglesia, vive en la Eucaristía. Y también quiere vivir en nosotros. Si no le hemos echado de nuestra alma por el pecado grave, Cristo vive en nosotros.

Pero no basta con eso. Para decírtelo de algún modo, ahora Cristo quiere seguir amando a los demás con tu corazón, quiere seguir acercando almas a Dios con tu ejemplo y con tu palabra, quiere seguir ayudando a los necesitados, quiere seguir trabajando por amor a Dios con tu cabeza y con tus manos...

Si dejas que Cristo actúe a través de ti, donde estés tú estará Cristo, y los demás se sentirán atraídos por Él...

¡Cuánto bien podemos hacer si dejamos que Cristo viva en nosotros, si luchamos por ser otros Cristos en medio del mundo!

* * *

Los que hemos muerto al pecado -nos pregunta San Pablo- **¿cómo viviremos todavía en él? ¿No sabéis que cuantos hemos sido bautizados en Cristo Jesús hemos sido bautizados en su muerte? Pues fuimos sepultados juntamente con él por medio del bautismo en orden a la muerte, para que, así como Cristo fue resucitado de entre los muertos por la gloria del Padre, así también nosotros caminemos en una vida nueva¹.**

Caminar en una vida nueva es vivir la vida de los hijos de Dios.

El hijo de Dios vive con el deseo de agradar en todo a su Padre.

El hijo de Dios no pierde la paz ni la alegría, porque en todo lo que le sucede ve la mano cariñosa de su Padre.

El hijo de Dios ve en cada hombre a un hermano suyo.

El hijo de Dios trata de ser en el mundo otro Cristo.

* * *

Antes de su Ascensión a los cielos, Jesús dirá a los Apóstoles: **recibiréis la fuerza del Espíritu Santo que descenderá sobre vosotros y seréis mis testigos en Jerusalén, en toda Judea y Samaría, y hasta los confines de la tierra².**

¹Rom 6, 2-4.

²Hechos 1, 8.

En el bautismo hemos muerto al pecado y hemos resucitado con Cristo a la vida de hijos de Dios. Ese día, la Santísima Trinidad, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo, establecieron en nosotros su morada. Recibimos la fuerza del Espíritu Santo, que creció o crecerá aún más el día de nuestra Confirmación, y que nos impulsa a ser testigos de Cristo, a proclamar con nuestra vida y con nuestra palabra que Cristo es la salvación del hombre.

Tenemos por delante el mundo entero, los confines de la tierra: «El mundo actual -nos dice Juan Pablo II- es una gran tierra de misión, incluso en los países de antigua tradición cristiana. En todas partes, hoy, el neopaganismo y el proceso de secularización constituyen *un gran desafío al mensaje evangélico*. Pero, al mismo tiempo, se presentan -también en nuestros días- nuevas ocasiones para anunciar el Evangelio; se nota, por ejemplo, una creciente nostalgia de lo sagrado, de los valores auténticos, de la oración. Por eso, el mundo de hoy tiene necesidad de muchos apóstoles, sobre todo de apóstoles jóvenes y valientes. A vosotros, jóvenes, incumbe -de especial manera- dar testimonio de la fe, hoy, y comprometeros a llevar a los demás el Evangelio de Cristo -Camino, Verdad y Vida- en el tercer Milenio cristiano; como también construir una nueva civilización que sea la civilización del amor, de la justicia y de la paz»¹.

¿Estamos comprometidos de verdad en esta misión divina?

¹Juan Pablo II, *Mensaje para la IV Jornada mundial de la juventud, 1989* (27-XI-1988).

Jesús caminaba con ellos

El mismo día, dos de ellos iban a una aldea llamada Emaús, que distaba de Jerusalén sesenta estadios. Y conversaban entre sí de todo lo que había acontecido. Y sucedió que, mientras comentaban y discutían, Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos; pero sus ojos estaban incapacitados para reconocerle¹.

Estos dos hombres habían sido discípulos de Jesús, habían convivido con Él durante dos o tres años, y esperaban que salvase a Israel. Pero acababan de ver con sus propios ojos que las autoridades lo habían llevado a la Cruz. Todo había acabado en un rotundo fracaso. Ya no tienen nada que hacer en Jerusalén, y vuelven tristes a su aldea.

El desánimo, la sensación de fracaso es una tentación que el diablo tratará de meter en nuestra alma.

Jesús mismo se acercó y caminaba con ellos; pero sus ojos estaban incapacitados para reconocerle.

Si alguna vez llega el desánimo, Jesús se nos acercará para ayudarnos. Y nosotros tenemos que acercarnos a Él, hablar con Él, hacer oración: he ahí el secreto para recuperar la fuerzas. Por eso nos advierte Santa Teresa: «El que no deja de andar e ir adelante, llega. No me parece es otra cosa perder el camino sino dejar la oración»².

* * *

Y les dijo:

-¿Qué conversación lleváis entre los dos mientras vais caminando?

¹Lc 24, 13-16.

²Santa Teresa, *Vida*, 19, 5.

Y se detuvieron entristecidos. Uno de ellos, de nombre Cleofás, le respondió:

-¿Eres tú el único forastero en Jerusalén que no sabe lo que ha pasado allí estos días?

Él les dijo:

-¿Qué ha pasado?

Y le contestaron:

-Lo de Jesús el Nazareno, que fue un profeta poderoso en obras y palabras delante de Dios y ante todo el pueblo: cómo los príncipes de los sacerdotes y nuestros magistrados lo entregaron para que lo condenaran a muerte y lo crucificaron. Sin embargo nosotros esperábamos que él sería quien redimiera a Israel. Pero con todo, es ya el tercer día desde que han pasado estas cosas. Bien es verdad que algunas mujeres de las que están con nosotros nos han sobresaltado, porque fueron al sepulcro de madrugada y, al no encontrar el cuerpo, vinieron diciendo que habían tenido una visión de ángeles, los cuales les dijeron que está vivo. Después fueron algunos de los nuestros al sepulcro y lo hallaron tal como dijeron las mujeres, pero a él no le vieron¹.

Y ellos, en lugar de creer a las mujeres y seguir buscando a Jesús, en lugar de perseverar, se van. ¿No era más lógico que, con esos indicios de la resurrección, se quedasen?

¡Qué pronto echamos todo a rodar cuando las cosas van mal o parece que van mal! ¡Qué poca constancia para buscar a Cristo y para seguir a Cristo!

Los que nos hemos decidido a seguir a Jesús no podemos dejarnos llevar por cambios de circunstancias, por altibajos de ánimo, por el ambiente, por las fluctuaciones de los sentimientos o del entusiasmo.

Pídele a Jesús su gracia para no dejarle nunca, para perseverar, pase lo que pase, dentro o fuera de ti.

* * *

Entonces Jesús les dijo:

¹Lc 24, 17-24.

-¡Oh necios y tardos de corazón para creer todo lo que anunciaron los profetas! ¿No era preciso que el Cristo padeciera estas cosas y así entrara en su gloria?

Y comenzando por Moisés y por todos los Profetas les interpretaba en todas las Escrituras lo que se refería a él¹.

Jesús les deja hablar. Les escucha con paciencia. Y después les hace ver que era preciso que el Hijo de Dios padeciese antes de ser glorificado.

Y esto es lo que tenemos que comprender nosotros para que el desánimo no se apodere nunca de nuestra alma: como Cristo, es necesario pasar por la Cruz, por el sufrimiento, por el aparente fracaso, antes de llegar a la Gloria.

En nuestra lucha por ser santos y extender el Reino de Cristo, Dios permite situaciones en las que parece que todo va mal. Pero las permite para que nos parezcamos más a Jesús.

Señor: ayúdame a perseverar contigo en el sufrimiento, en la Cruz. Así también llegará el día en que resucite, para vivir eternamente feliz, contigo, en el Cielo.

* * *

Llegaron cerca de la aldea a donde iban, y él hizo ademán de continuar adelante. Pero le retuvieron diciéndole:

-Quédate con nosotros, porque ya está anocheciendo y va a caer el día².

Jesús no coacciona. Quiere que ellos le pidan que se quede. Y Él, que está deseando quedarse, se queda.

Cuando tengas dificultades del tipo que sea, llama a Cristo, busca a Cristo en la oración, en el diálogo íntimo con Él. Cuéntale con sinceridad y sencillez tus problemas, tus dudas, tus preocupaciones.

Entonces encontrarás respuesta para todas tus dificultades, fuerza para superar todos tus problemas, luz para resolver todas tus dudas.

¹Lc 24, 25-27.

²Lc 24, 28-29.

El único problema grave es no hablar con Cristo, dejar la oración.

* * *

Y entró para quedarse con ellos. Y estando juntos a la mesa tomó el pan, lo bendijo, lo partió y se lo dio. Entonces se les abrieron los ojos y le reconocieron, pero él desapareció de su presencia. Y se dijeron uno a otro:

-¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?¹

A los discípulos se les abren los ojos y reconocen a Jesús en la fracción del pan.

En los momentos difíciles de nuestra vida, lo que más nos ayudará es la Eucaristía. Al recibir al Señor y tratarlo con intimidad, nos daremos cuenta de que es Él quien permite las dificultades, para hacernos santos, y que en esos momentos duros no nos abandona, sino que está más cerca de nosotros para ayudarnos con su gracia, con su consuelo y con su cariño.

* * *

-¿No es verdad que ardía nuestro corazón dentro de nosotros, mientras nos hablaba por el camino y nos explicaba las Escrituras?

¿Estás desanimado, sin ganas de luchar? ¿Quieres que arda tu corazón de amor a Jesús? Habla con él, haz oración: «Todos los males que nos agobian en la tierra -decía el Santo Cura de Ars- vienen precisamente de que no oramos o lo hacemos mal»².

En la intimidad de la oración, Jesús te hará ver lo mucho que te quiere. Escucharás su voz que te dice: **¿Puede acaso una mujer olvidarse del niño que cría, no tener compasión del hijo de sus entrañas? Pues aunque ella lo olvidara, yo no me olvidaría de ti³.**

¹Lc 24, 29-32.

²Santo Cura de Ars, *Sermón sobre la oración*.

³Is 49, 15.

¿Tienes miedo a algo o a alguien? Tendrás toda la valentía que necesitas cuando oigas a Dios Todopoderoso que te dice: **El que os toca a vosotros, toca la pupila de mis ojos**¹.

De la conversación con el Señor saldrás siempre reconfortado, lleno de alegría y de consuelo, y seguirás adelante dejando la tristeza en el camino.

* * *

Y al instante se levantaron y regresaron a Jerusalén, y encontraron reunidos a los Once y a los que estaban con ellos, que decían:

-El Señor ha resucitado realmente y se ha aparecido a Simón.

Y ellos contaban lo que había pasado en el camino, y cómo le habían reconocido en la fracción del pan².

Los discípulos vuelven a Jerusalén a pesar de la noche. Ya no hay obstáculos.

Cuando uno encuentra a Cristo, es tal el gozo que no hay dificultades que no podamos superar, y sentimos la necesidad imperiosa de salir a la calle para hablar de Él, para decirles a los demás que Cristo ha resucitado, para compartir con todos nuestra esperanza y nuestra alegría.

¹Zac 2, 12.

²Lc 24, 33-35.

Nos guía el Espíritu Santo

Cincuenta días después de la Pascua, el día de Pentecostés, estaban los discípulos **todos juntos en el mismo lugar. Y de repente sobrevino del cielo un ruido, como de viento que irrumpe impetuosamente, y llenó toda la casa en la que se hallaban. Entonces se les aparecieron unas lenguas como de fuego, que se dividían y se posaron sobre cada uno de ellos. Quedaron todos llenos del Espíritu Santo y comenzaron a hablar en otras lenguas, según el Espíritu les hacía expresarse**¹.

Los Apóstoles quedan llenos del Espíritu Santo. Se transforman. Si antes eran tímidos y cobardes, ahora se lanzan sin miedo a hablar de Jesús por toda la tierra. Su predicación llegará muy pronto a los confines del mundo conocido, al *finis terrae*. El Espíritu Santo les da una fortaleza y una audacia que nada podrá detener.

El Espíritu Santo es el mismo ayer y hoy. Y nosotros lo hemos recibido en el Bautismo, y en la Confirmación se apoderó aún más de nuestro ser. Vive dentro de nuestra alma en gracia. Es Él quien nos comunica Vida divina, para que vivamos como hijos de Dios.

¿Lo tratamos con intimidad y confianza? ¿Hablamos con el Dulce Huésped del alma? Si lo hacemos, cada día será más grande nuestro amor a Dios. Y nada podrá detener nuestras ansias de llevar a Cristo a todos los hombres.

* * *

Porque los que son guiados por el Espíritu de Dios, éstos son hijos de Dios. En efecto, no recibisteis un espíritu de esclavitud para estar de nuevo bajo el temor, sino que

¹Hch 2, 1-4.

recibisteis un espíritu de hijos de adopción, en el que clamamos: ¡Abbá, Padre!¹.

Si tratamos al Espíritu Santo, si nos dejamos guiar por Él, viviremos de verdad como hijos de Dios; conoceremos la ternura de su cariño; nos sentiremos seguros en medio de las borrascas de la vida, porque es nuestro Padre quien conduce la nave; estaremos siempre alegres, porque veremos que todo lo que nos sucede es querido o permitido por quien más nos ama; no tendremos miedo a nadie; y nuestra única preocupación será agradar en todo a nuestro Padre Dios, que nos contempla con una sonrisa, y nos anima y nos perdona y está deseando abrazarnos contra su Corazón.

* * *

Y, puesto que sois hijos, Dios envió a nuestros corazones el Espíritu de su Hijo, que clama: ¡Abbá, Padre!².

El Espíritu Santo, que habita en nuestros corazones, en nuestra alma en gracia, tiene como misión hacer que nos parezcamos cada vez más a Cristo, que seamos otros Cristos. El Espíritu Santo es quien nos guía para recorrer, sin descaminarnos, la senda de la santidad.

Para conseguir su objetivo, nos va enseñando con paciencia lo que hemos de hacer. Uno de los momentos más adecuados para escuchar sus lecciones es el de la oración. En tus conversaciones íntimas con Dios, en las que le planteas tus problemas o meditas la vida y la doctrina de Cristo, el Espíritu Santo, si le escuchas, te hará ver qué camino debes seguir, te inspirará buenas acciones, te abrirá horizontes nuevos para tu vida de hijo de Dios.

Pero es preciso que nos pongamos al habla con Él, y que le escuchemos con el deseo sincero de hacer lo que Él quiere, no lo que queremos nosotros. Y que seamos dóciles para cumplir sus indicaciones. Sólo así llegaremos a ser otros Cristos.

* * *

¹Rom 8, 14-15.

²Gal 4, 6.

La Iglesia es como un cuerpo. La cabeza es Cristo. Nosotros somos los miembros. El alma que da vida a ese Cuerpo es el Espíritu Santo.

Muchos miembros de la Iglesia están ya en el Cielo; algunos, purificándose en el Purgatorio; y otros estamos en esta tierra, caminando, luchando por llegar a la Gloria. Entre estos últimos, hay unos que tienen la misión de predicar la Palabra de Dios en nombre de Cristo, y de administrar los Sacramentos: son el Papa, los obispos y los sacerdotes.

Y hay otros, los laicos, que con una función diferente, son tan miembros de la Iglesia como los demás.

¿No te parece absurdo imputar a la Iglesia los defectos de sus miembros? Pues algunos lo hacen, pensando que así justifican su falta de obediencia a las enseñanzas de la Iglesia, y dicen -como si fuese original- el viejo y manido tópico: “Yo creo en Dios pero no creo en la Iglesia”?

Tal vez fuesen más sinceros si dijese: “Yo creo en un Dios a mi medida, que no dice nada cuando hago lo que me da la gana, porque además de no hablar nunca con Él, me resisto a escuchar su voz, que resuena en mi conciencia. Pero la Iglesia me molesta porque tiene una voz demasiado clara, que me dice lo que Dios quiere de mí, y me niego a hacerle caso”.

Recuerda siempre que «no puede tener a Dios por Padre quien no tiene a la Iglesia por Madre»¹.

* * *

«Cristo no excluyó a los pecadores de la sociedad por Él fundada. Si, por tanto, algunos miembros están aquejados de enfermedades espirituales, no por eso debe disminuir nuestro amor a la Iglesia; al contrario, ha de aumentar nuestra compasión hacia sus miembros»².

A las personas que hablan mal de la Iglesia basándose en el mal ejemplo de algunos de sus miembros, hay que ayudarles a tener sentido común y recordarles que la culpa de que haya personas sucias no la tiene el agua: si están sucias es precisamente por no usar el agua para lavarse.

¹San Cipriano, *Sobre la unidad de la Iglesia*, 6.

²Pío XII, Enc. *Mystici Corporis Christi*.

Me pregunto si los que se complacen en señalar las deficiencias de los que forman parte de la Iglesia, lo harán para justificar de algún modo -de un modo realmente absurdo- sus propios errores.

* * *

Cuando venga Aquél, el Espíritu de la verdad, os guiará hacia toda la verdad¹. El Espíritu Santo nos señala el verdadero camino a través de la Iglesia.

Nos ha tocado vivir en tiempos de relativismo, de escepticismo, de guías que pretenden conducirnos por caminos que no llevan a Dios.

Unos borran las señales del camino y nos dicen: “Sé libre, la única referencia es tu conciencia infalible”.

Otros quieren convertirnos en animales y ponen ante nuestros ojos, como si fuese normal, el camino del placer, que nos atrae con su brillante colorido.

Por eso es necesario conocer bien la doctrina de la Iglesia de Cristo, vivirla y enseñarla: «Mirad -nos advierte Santa Teresa- que no son tiempos de creer a todos, sino a los que viéredes ir conforme a la ley de Cristo. Procurad tener limpia conciencia y humildad y menosprecio de todas las cosas del mundo, y creed firmemente lo que tiene la Santa Madre Iglesia Romana, y a buen seguro que vais por camino muy bueno»².

¿Te preocupas de adquirir una verdadera formación cristiana?

¿Profundizas en la fe para encontrar en ella la luz que debe iluminar todas tus decisiones profesionales, familiares y sociales?

* * *

Hay muchas razones para vivir la castidad. San Pablo nos da ésta: **¿No sabéis que vuestro cuerpo es templo del Espíritu Santo, que está en vosotros y habéis recibido de Dios, y que no**

¹Jn 16, 13.

²Santa Teresa, *Camino de perfección*, 21, 10.

os pertenecéis? Habéis sido comprados mediante un precio. Glorificad, por tanto, a Dios en vuestro cuerpo¹.

Hemos sido comprados al precio de la Sangre de Cristo. Gracias a su muerte y resurrección somos hijos de Dios y el Espíritu Santo habita en nosotros, como en un templo. ¿No te parece una buena razón para luchar -heroicamente si es necesario- por vivir esa virtud imprescindible para que nuestra vida sea fecunda? ¿No te parece una buena razón para no tratar nunca a otra persona -templo del Espíritu Santo o llamada a serlo- como un objeto de placer?

¹1 Cor 6, 19-20.

25

"¡Podemos!"

Meditación ante el Apóstol

Salomé, la madre de Santiago el Mayor y de Juan, se acercó a Jesús con sus hijos, **y se postró para hacerle una petición. Él le preguntó:**

-¿Qué quieres?

Ella le dijo:

-Di que estos dos hijos míos se sienten en tu Reino, uno a tu derecha y otro a tu izquierda.

Jesús respondió:

-No sabéis lo que pedís. ¿Podéis beber el cáliz que yo he de beber?

Le dijeron:

-Podemos¹.

Jesús les pregunta si podrán sufrir persecuciones y martirio por Él. Y los dos responden con generosidad y audacia: **¡Podemos!**

Jesús nos pregunta también a cada uno de nosotros: ¿Puedes entregarme tu vida entera? ¿Puedes sufrir lo que tengas que sufrir por seguirme fielmente? ¿Puedes luchar por cumplir mi voluntad?

Y nosotros, con generosidad y audacia, como Santiago y Juan, debemos responderle: ¡Podemos!

Es verdad, Señor, que si cuento únicamente con mis fuerzas no podré hacer nada. Pero como cuento con tu ayuda, y con la ayuda de nuestra Madre Santa María, me atrevo a decirte que sí, que estoy dispuesto a seguirte por los caminos del mundo.

* * *

¹Mt 20, 20-22.

No podemos dejarnos engañar por una falsa humildad que, en el fondo, sería cobardía. Es muy fácil adoptar una actitud aparentemente humilde y pensar: “¿Quién soy yo para atreverme a ser santo, para decidirme a luchar por ser otro Cristo? ¿Quién soy yo para lanzarme a tan alta aventura? Yo soy poca cosa, no sirvo, soy débil, soy miserable. Y el apostolado... ¿Animar a otros a seguir a Cristo cuando yo soy tan pecador? No, eso es para otros...”

Si un cristiano pudiera decir eso, todos podrían decir lo mismo. Ya sabe el Señor que no valemos nada, que no podemos nada, que no somos nada. Y a pesar de todo, nos llama y nos invita a seguirle. Por tanto, Él nos dará las fuerzas.

* * *

Él añadió:

-Mi cáliz sí lo beberéis; pero sentarse a mi derecha o a mi izquierda no me corresponde concederlo, sino que es para quienes ha dispuesto mi Padre¹.

Santiago y Juan bebieron el cáliz del Señor: Santiago fue martirizado en Jerusalén; Juan, sufrió cárcel y azotes en Jerusalén, y después fue desterrado a la isla de Patmos, en la costa oeste de la actual Turquía.

Y nosotros, si de verdad seguimos a Cristo, también tenemos que estar dispuestos a sufrir persecución, a beber el cáliz del Señor. Pero no pienses en algo espectacular y sangriento, sino en algo corriente y normal: en las críticas, murmuraciones, desprecios y burlas que puedes recibir de conocidos, amigos y parientes; en las dificultades que ponen el diablo y el ambiente; y en el freno que supone nuestro egoísmo y nuestra soberbia.

Pero tú dile de nuevo, lleno de fe y amor: Jesús, estoy dispuesto a seguirte pase lo que pase; estoy dispuesto a ser otro Cristo; estoy dispuesto a ser apóstol, a hablar de Ti, digan lo que digan. No me importan las dificultades, porque cuento con la fuerza de Dios.

* * *

¹Mt 20, 23.

Observa ahora la reacción de los otros discípulos:

Al oír esto, los diez se indignaron contra los dos hermanos. Pero Jesús les llamó y les dijo:

-Sabéis que los que gobiernan los pueblos los oprimen y los poderosos los avasallan. No ha de ser así entre vosotros; por el contrario, quien entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor; y quien entre vosotros quiera ser el primero, sea vuestro esclavo. De la misma manera que el Hijo del Hombre no ha venido a ser servido, sino a servir y dar su vida en redención por muchos¹.

Quien entre vosotros quiera llegar a ser grande, sea vuestro servidor. «En estas palabras -nos enseñaba Juan Pablo II en el *Monde del Gozo*- se encuentra el criterio esencial de la grandeza del hombre. Este criterio es nuevo. Así fue en tiempos de Cristo y lo sigue siendo después de dos mil años.

Este criterio es nuevo, supone una transformación, una renovación de los criterios con que se gobierna el mundo. *“Sabéis que los jefes de los pueblos los tiranizan y que los grandes los oprimen. No será así entre vosotros”* (Mt 20, 25-26).

El criterio con el que se gobierna el mundo es el criterio del éxito. Tener el poder... Tener el poder económico, para hacer ver la dependencia de los demás. Tener el poder cultural para manipular las conciencias. ¡Usar... y abusar!

Tal es el “espíritu de este mundo”

¿Quiere esto decir quizá que el poder en sí mismo es malo?
¿Quiere esto decir que la economía -la iniciativa económica- es en sí misma mala?

¡No! De ninguna manera. Una y otra cosa pueden ser también un modo de servir. Éste es el espíritu de Cristo, la verdad del Evangelio. Esta verdad y este espíritu están expresados en la Catedral de Santiago de Compostela por el Apóstol, que -según el deseo de su madre- debía ser el primero; pero -siguiendo a Cristo- se convirtió en servidor.

¿Por qué estáis aquí vosotros, jóvenes de los años noventa y del siglo veinte? ¿No sentís acaso también dentro de vosotros “el espíritu de este mundo” que, en la medida de esta época, rica en

¹Mt 20, 24-28.

medios del uso y del abuso, lucha contra el espíritu del Evangelio?»¹.

Le pedimos al Señor, por intercesión del Apóstol, que nos ayude a cambiar definitivamente de criterio: No quiero, Señor, dejarme llevar por el criterio del éxito, del poder, del egoísmo, del orgullo. Quiero vivir de acuerdo con el criterio nuevo que Tú has vivido y predicado. No quiero ser “grande” a los ojos del mundo, sino sólo a tus ojos. ¡Quiero servir!

* * *

«¿No venís aquí tal vez para convenceros definitivamente de que “ser grandes” quiere decir “servir”? Pero..., ¿estáis dispuestos a beber aquel cáliz? ¿Estáis dispuestos a dejaros penetrar por el Cuerpo y la Sangre de Cristo, para morir al hombre viejo que hay en nosotros y resucitar con Él?»²

Nuestros propósitos de servir no pueden quedar reducidos a buenos deseos. Han de tener manifestaciones prácticas, concretas. Por eso, hemos de preguntarnos:

¿Estoy dispuesto a servir a mis padres y familiares con alegría, sin protestar, sin quejarme? ¿Me adelanto a ayudarles sin que tengan que pedírmelo?

¿Estoy pendiente de las personas con las que convivo, amigos, compañeros de trabajo, para ayudarles en todo lo que pueda, y hacerles así la vida más agradable?

¿Me esfuerzo en hacer mi trabajo -o mis estudios- con perfección, con la mentalidad del que quiere servir bien a los demás?

¿Me alimento con frecuencia con el Cuerpo de Cristo para tener la fuerza que necesito a la hora de servir?

* * *

«¿Sentís la fuerza del Señor para haceros cargo de vuestros sacrificios, sufrimientos, y “cruces” que pesan sobre los jóvenes

¹ Juan Pablo II, *Mensaje a los jóvenes desde el Monte del Gozo* (19-VIII-1989).

² *Ibidem*.

desorientados acerca del sentido de la vida, manipulados por el poder, desocupados, hambrientos, sumergidos en la droga y la violencia, esclavos del erotismo que se propaga por doquier...? Sabed que el yugo de Cristo es suave... Y que sólo en Él tendremos el ciento por uno, aquí y ahora, y después la vida eterna.

¿Por qué estáis aquí vosotros, jóvenes de los años noventa y del siglo veinte? ¿No sentís también dentro de vosotros “el espíritu del mundo”?

¿No venís tal vez -vuelvo a decirlo- para convenceros definitivamente de que “ser grandes” quiere decir “servir”?»¹.

Personas desorientadas acerca del sentido de la vida, manipuladas por el poder, desocupadas, hambrientas, sumergidas en la droga y en la violencia, esclavas del erotismo... Ante este panorama no podemos permanecer indiferentes, ni conformarnos con dar dos monedas para tranquilizar nuestra conciencia.

La única solución es que los cristianos nos decidamos de verdad a ser otros Cristos, es decir, que yo me decida a ser otro Cristo.

* * *

Dios nos pide una total disponibilidad para seguir a Cristo y, como Él, difundir a nuestro alrededor, con nuestra vida y nuestra palabra, el Reino de Dios.

A este servicio nos animaba el Papa: «Os invito, queridos amigos, a descubrir vuestra vocación real para colaborar en la difusión de este Reino de la verdad y la vida, de la santidad y la gracia, de la justicia, el amor y la paz. Si de veras deseáis servir a vuestro hermanos, dejad que Cristo reine en vuestros corazones, que os ayude a discernir y crecer en el dominio de vosotros mismos, que os fortalezca en las virtudes, que os llene sobre todo de su caridad, que os lleve por el camino que conduce a la condición del hombre perfecto.

¡No tengáis miedo a ser santos!»².

¹ *Ibidem.*

² *Ibidem.*